
SALVADOR GINER, EMILIO LAMO DE ESPINOSA y CRISTÓBAL TORRES (eds.)
Diccionario de Sociología
(Madrid, Alianza Editorial, 1998)

Para juzgar un Diccionario de Sociología habría que ser experto no sólo en Sociología, sino también en diccionarios. Mi caso es que sé algo de Sociología, pero casi nada de diccionarios. Los diccionarios los he usado toda mi vida lo imprescindible. Incluso algo menos de lo imprescindible, pues tengo en mi conciencia una buena metedura de pata que me hubiera ahorrado su consulta a tiempo. Cierto que he comprado un diccionario de cada lengua que he intentado aprender, pero de castellano, como lo sé de siempre, aguanté sin uno hasta pasados los cuarenta, que fue cuando adorné mi biblioteca con un *María Moliner* y un *Casares*. También me hice por la época con una *Enciclopedia Británica* que encontré muy rebajada y que es muy buena

para tribus, religiones y sistemas de parentesco. De Sociología tengo muy subrayado el *Wörterbuch* de König, desde que estudiaba en Alemania en los setenta, y mucho menos uno de Sociología marxista-leninista editado en la extinta RDA. Hago saber al lector todo esto (y también al editor, y a los autores) para que comprenda que con tales antecedentes no pueden esperarse de mí juicios como éste, que tomo de las tapas de un diccionario inglés: «Los lectores de Sociología, y especialmente los principiantes, difícilmente pueden hacer nada mejor que volverse al diccionario de X. No hay compilación mejor en un solo volumen para quien busque una fuente actualizada, legible y llena de autoridad de definiciones, sumarios y referencias en sociología contemporá-

nea.» Pues para emitir honradamente y con autoridad tales sentencias hace falta no sólo haberse hecho una idea clara del valor del diccionario que se reseña, sino también de sus competidores, siquiera sean sólo los monovolumen.

También advierto esto para que se vea que los usos de un diccionario no son para todo el mundo la obviedad de las obviedades. Enfrentado a la tarea de reseñar éste, he tenido que pensar seriamente cómo hacer para evaluarlo. ¿A qué pruebas someter el Diccionario de Giner, Lamo y Torres para, sin llegar tampoco a leerlo exhaustivamente, poder formular un juicio informado sobre su valor? He supuesto (los editores no aclaran sus intenciones) que un diccionario así tiene tres usos principales. Ha de poder servir de (i) *introducción* para quienes ignoran completamente los temas, con remisión a ulteriores fuentes; debe ser de utilidad para (ii) la *consulta* de detalles y datos, incluidos autores, que tienden a olvidarse; y ha de ofrecer (iii) información amplia y *equilibrada*, de tal modo que no queden fuera enfoques importantes por no encontrar gracia en los autores de las voces.

Entendiendo, contra U. Andress, que los diccionarios no son para estudiarlos de la A a la Z, he consultado en primer lugar las voces «muestra» y «muestreo». Adoptando el punto de vista de un principiante, he querido entender que podía hacer un muestreo aleatorio. No teniendo a mano otros medios, he creído poder aprovechar el orden alfabético de las voces, y, aun a riesgo de cometer algún sesgo, las he elegido sin reposición.

Así que he leído la letra A, la B, la L, la M, la N y la S. Eso sí, una vez en una letra, he sido estricto en no saltarme ningún artículo. He aquí lo que he concluido sobre cada uno de los aspectos anteriores.

Desde el punto de vista de (i) el principiante (en algunas voces lo soy realmente), el Diccionario me ha parecido muy desigual. Algunas voces las entiende cualquiera; otras hay que saber algo de Sociología; otras hay que saber ya lo que el autor quiere decir e incluso más; se encuentra alguna que ni aun así se entiende, y, finalmente, las hay que no dan información sobre el concepto, sino quizás sobre la historia del término o las disputas en torno a él. Mi opinión es que las buenas son aquellas en las que hay que saber algo de Sociología; espero, con todo, que también las ininteligibles tendrán su utilidad para los alumnos que usen el DGLT en sus trabajos de curso.

Desde el punto de vista de (ii) el detalle, también hay desigualdad. La mayor parte de los autores han preferido dedicar el espacio de que disponían a exponer lo más general, bajando poco a lo particular y no digamos al ejemplo o al caso. Amorticé la inversión que hice en la *Enciclopedia Británica* y comparé cinco artículos en cuanto a información, con desventaja siempre para el DGLT. La Sociología no es una disciplina muy acumulativa, pero vista a través del DGLT resulta más bien derrochadora. En este sentido, pueden distinguirse tres clases básicas de voces. Algunos pocos autores aprovechan el encargo para dar información sistemática; la mayor parte se conforma

con dar información histórica, algunos en exceso añeja (son de los que no pasan de la Reconquista); y todavía los hay que no entran en materia, agotando el espacio en ponderar la complejidad del tema y la variedad de enfoques de que ha sido objeto, pero sin llegar a informarnos ni sobre el uno ni sobre los otros, al punto de que algunas voces —una minoría, desde luego— resultarían intercambiables.

En cuanto a (iii) el equilibrio en el tratamiento, también hay de todo. Aquí me he fijado sobre todo en las voces sobre autores y escuelas. Hay quien informa sobre la doctrina de una escuela y sobre su vigencia pasada y actual intentando en ambos aspectos ser objetivos. Otros nos informan sobre cómo las teorías modernas han derrotado a las teorías antiguas, al tiempo que se decantan por las victoriosas. Prefiero el primer procedimiento, pero admito el segundo, que es con mucho el más abundante. No falta, por desgracia, un tercero, cuyos practicantes juzgan tan desacertados los puntos de vista que no comparten que nos ahorran su conocimiento. Otra vez son minoritarios, pero llamativos.

En fin, puntué globalmente sesenta artículos como quien puntúa un examen, poniendo en cinco el aprobado. Para maximizar la imparcialidad eliminé los míos, los de quienes creo mis amigos y los de quienes debiera tener como enemigos. El resultado fue de diez suspensos, treinta aprobados, cinco notables y quince sobresalientes. Un aprobado alto como nota global. Siguiendo un prudente consejo, añadí luego los de amigos y ene-

migos. Ambos resultaron claramente mejores que la media y subieron la calificación a un notable alto. Iba ya a añadir los míos cuando mi sabio amigo me hizo notar que la correlación era espuria: «no es —me dijo— que sean tus amigos o tus enemigos; es que son mayores».

La minoría de artículos que he encontrado complicados, vagos o tendenciosos suele estar compensada con otros de pluma distinta en buena parte redundantes con ellos. Se puede criticar la falta de coherencia que ha supuesto repartir, por así decirlo, voces cercanas entre varios autores, pero no hay mal que por bien no venga, y en este caso la diversidad de tratamientos mejora notablemente el equilibrio informativo del Diccionario. Los editores pueden estar, con razón, orgullosos del pluralismo que han logrado dar a la obra, una invitación a la Sociología que da al invitado la posibilidad de elegir entre cicerones diversos para la mayor parte de los trayectos y parajes, cambiando o contratando sobre la marcha. Quien, por poner un ejemplo, no se encuentre a gusto con el tratamiento de la estratificación social de Carabaña puede probar con el de Tezanos o el de Caínzos. Con indudable acierto, un completo índice de referencias cruzadas al final de la obra facilita enormemente estos cambios y contrastes.

Por el pluralismo y por muchas más cosas, el notable alto del conjunto de los autores sube a un sobresaliente sin reservas para los editores. El Diccionario es empresa de gran magnitud y complejidad. Han tenido que encontrar 231 autores para escribir

1.294 voces, y lo han tenido que hacer en un tiempo breve, vigilando la calidad de las aportaciones y sin indisponerse con la mitad de los colegas. Se requiere ante todo buen criterio sociológico para elegir voces y autores, y puede decirse que lo ha habido; después es empresa más bien diplomática convencer a los elegidos, guardar equilibrios entre personas, enemigos y escuelas, aceptar los rechazos, lograr buenas sustituciones y (¡no quiero pensarlo!) sugerir cortes, correcciones y mejoras. Aunque no habría sido diplomático alardear de diplomacia, los dos primeros editores dejan una pista sobre la importancia de esta tarea cuando agradecen al tercero, Cristóbal Torres, que su labor a pie de obra les haya evitado algún enemigo más.

Lo mismo que los editores, también quien reseña la obra tiene que llegar a una transacción entre el rigor y la diplomacia, aunque con un punto más del primero si quiere hacer un lugar para la crítica. Voy a determinar, sin ánimo sistemático ni exhaustivo, en tres aspectos muy distintos.

El primero, claramente mejorable en la edición, son las etimologías. Son muchas las entradas que comienzan con la raíz del término, demasiadas para que los fallos no se conviertan en cosa general de la obra. Los fallos son muy variados: hay quien hace proceder directamente del alemán palabras de evidente raíz latina, quien da etimologías innecesarias (del estilo «humano», del latín *humanus*), quien las da innecesarias y mediadas (del estilo «humano», del latín *hum*), quien mantiene términos ingleses que

tienen viejo y muy usado equivalente castellano (como *pot* por olla), quien carga sobre el griego excesos cometidos por norteamericanos (del tipo «heteronomía» = dejarse regir inoportunamente por malas amistades), o quien se salta la etimología griega del término castellano y nos da la etimología griega del término griego (como actitud, del griego *ago*, hacer). Todo ello pese a que la mayor parte de los autores estudiaron latín y griego en el Bachillerato y hasta en la Universidad, antes de las últimas reformas educativas.

En punto a selección de voces, hago ya de usuario que ha echado de menos algunas como «información», «efecto diseño» o «educación social»; o que ha encontrado mínimas las diez líneas dedicadas a «exogamia», en contraste con las dos páginas que se dedican a continuación a «expectativas» en tres entradas (las tres, por lo demás, excelentes); o que lamenta que «hábito» quede ahogado en «habitús» (bien tratado, por cierto) y que «movilidad social» no tenga más espacio que «indignación moral» o «justicia del cadí»; o que, por terminar, no acaba de entender que se traten como conceptos auténticos vagas metáforas del tipo «mercado matrimonial». Espero que de entre los usuarios que hagan llegar sus opiniones a los editores, algunos al menos coincidan conmigo.

El tercer aspecto es más bien ideológico. Si juzgamos por el Diccionario, los sociólogos españoles están bien al tanto del *Zeitgeist*, al que rinden cumplido tributo. Al Diccionario se le puede reprochar poco desde el punto de vista de la «corrección polí-

tica», exquisita cuando se trata de los temas sensibles del género, la cultura y la exclusión social. Tal corrección llega a extremos como reclamar una mayor atención a la monogamia homosexual, sugerir que la magia es sólo un modo algo más determinista de ver el mundo que la ciencia o presentar la unidad de las matemáticas como un mito occidental. Los editores mismos exageran un poco en el prólogo cuando presentan como logro del Diccionario «la reincorporación a nuestro común acervo de culturas no castellanas, de lo mal llamado periférico, que fue siempre y es central». Veo yo aquí un exceso de diplomacia, que halaga igualando lengua y cultura. Es verdad que la lengua castellana ha sido hasta hace poco nuestra única lengua de cultura y que los que sólo dominamos el castellano nos tenemos que acostumbrar a que otros sociólogos españoles nos hablen en lenguas no castellanas. Pero, por suerte, esas otras lenguas, que en general no expresan sino variantes locales mínimas de una misma cultura, en el caso de la Sociología no pueden ser vehículos más que de una única cultura sociológica, la misma por lo demás que se expresa en inglés,

francés, alemán, árabe o chino. De todas formas, hay que alabar aquí otra vez el pluralismo del Diccionario, que incluye la «mal llamada heterodoxia del pensamiento hispano» sin dejar por ello fuera a Balmes o a Donoso Cortés (¿o son éstos los heterodoxos?).

Para terminar, podría decir que estamos ante el mejor Diccionario de Sociología nunca escrito por autores españoles, o que se trata de una obra que compite con ventaja con las mejores de su género escritas en otras lenguas, o que es un instrumento de introducción y consulta utilísimo que no debe faltar en la biblioteca de ningún sociólogo ni estudiante de Sociología. Todo ello es cierto. Pero prefiero resumir: creo que Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres han hecho una tarea sobresaliente editando este Diccionario de Sociología, cuyo desigual contenido promedio yo en un notable alto. Creo que merece ser un éxito y que un buen modo de dar las gracias a los editores sería que todos, lectores y autores, les ayudáramos a mejorarlo en ediciones sucesivas.

Julio CARABAÑA

JESÚS DE MIGUEL

Estructura y cambio social en España
(Madrid, Alianza Editorial, 1998)

Se trata de un volumen importante que tiene factura de manual adecuado a asignaturas de la carrera de Sociología y puede ser a la vez un libro de

consulta para profesionales tanto de Sociología como de otras ciencias sociales. Éste es el primer aspecto por el que hay que felicitarle, pues se

trata de una obra general, realizada con un criterio unitario que faltaba como referencia en las bibliotecas de Sociología. Apenas existen manuales generales de Sociología y los que hay son casi siempre obras traducidas que, aunque tengan un enorme valor, no utilizan la sociedad española como referencia de sus análisis ni usan apenas ejemplos o datos de España. Por otra parte, los escasos manuales españoles, aunque de indudable interés, son en su mayoría la suma de trabajos de diferentes autores y no alcanzan a presentar un panorama general de la sociedad española, quedándose en ser excelentes obras de estudio y consulta sobre algunos aspectos de ésta.

Esta obra de Jesús de Miguel se propone un análisis global de la sociedad española, de su población, de su situación económica y de sus instituciones políticas, todo ello enmarcado en los procesos de cambio acaecidos en las últimas décadas, utilizando las teorías y los conceptos de la Sociología. Utiliza una perspectiva histórica que ayuda a comprender la situación actual de España como resultado de una gran cantidad de procesos, tanto nacionales como internacionales, y usa frecuentemente también la perspectiva comparativa para ayudar a comprender mejor la situación actual de nuestro país en el marco internacional.

Es una obra bien organizada y de fácil consulta, además de contar con muy buenos índices. Por ejemplo, incorpora un índice de abreviaturas de diez páginas en las que nos guía por el difícil e intrincado mundo de los acrónimos, que cada día se usan más, quizás por influencia del idioma inglés, en donde su uso está mucho

más extendido. La realidad es que cada vez son de uso más frecuente entre nosotros y es de agradecer que un autor lo tenga en cuenta y facilite su comprensión.

El libro se propone rastrear los debates políticos y las polémicas sociológicas de este fin de siglo, argumentarlas al hilo de los procesos sociales que les han dado origen y dejar constancia en ellas de la posición del autor. El punto de partida para ello es la participación de Jesús de Miguel en dos grandes proyectos de investigación sociológica acerca de la realidad social española. El más antiguo de ellos es el Informe FOESSA, a finales de los años sesenta, que fue el primer intento importante de analizar la sociedad española con perspectiva sociológica y técnicas de carácter empírico. Más recientemente, Jesús de Miguel ha formado parte del equipo que en los años noventa ha realizado el quinto Informe FOESSA. Con este bagaje fundamental propone un análisis que sea a la vez una visión de la estructura social de España, comparando en el tiempo la sociedad española de los años sesenta con la de los noventa, y una comprensión del cambio social que en ella se ha producido.

La obra se ocupa principalmente de los procesos de cambio de la sociedad española en este período en el que se produce la transición política a la democracia. Señala el autor que en la literatura reciente se ha producido en mucha mayor medida el análisis y la polémica sobre el cambio político que sobre los cambios sociales; sin olvidar los aspectos políticos, esta obra se va a ocupar prioritariamente de los aná-

lisis «desde la sociología» y se va a interesar sobre todo por desvelarlos a la luz de las polémicas y de las interpretaciones que sobre ellos se han dado. Es a la vez un análisis sociológico de la España reciente y una historia de la Sociología en España. En ella van apareciendo cronológicamente los desarrollos incipientes de la Sociología, su consolidación académica y, finalmente, algunas de sus obras de madurez. Aunque hablar de madurez no supone más que indicar el mayor reconocimiento que la Sociología tiene en cuanto disciplina científica. En la historia de las ciencias sociales no hay una línea directa en ascenso ni en descenso, y la calidad y la profundidad de los estudios sociológicos son intensas o están ausentes tanto en obras de sus primeros períodos como en las de los más recientes. La única ventaja con la que cuentan las obras más recientes es ese reconocimiento social de la disciplina que supone una tranquilidad para los sociólogos, que no tienen necesidad de empezar justificando sus métodos de trabajo. Pero las cuestiones de rigor y de calidad siguen siendo una exigencia constante y difícil de satisfacer.

Todo el trabajo está impregnado de un gran optimismo. No es frecuente encontrar sociólogos que se atrevan a hablar de España en positivo. En este sentido, sólo Mario Gaviria ha hablado de una forma convencida, y convincente, del éxito del desarrollo y de los procesos de cambio social en España. Esto no es una tradición entre nuestros intelectuales. En términos políticos, sí contamos actualmente con numerosos estudios que abandonan ese pesimismo tradicional

que alcanzó categoría de peculiaridad hispánica desde la generación del noventa y ocho. Los primeros análisis elogiosos del proceso de la transición política española han sido estudios extranjeros, que han abierto camino a los historiadores y politólogos españoles para atreverse a hacer algo tradicionalmente denostado, hablar bien del país. Desde una perspectiva sociológica esto es menos frecuente, casi sorprendente. Los temas son siempre «los problemas» y las cifras se dedican a señalar las distancias que nos quedan por recorrer hasta alcanzar los estándares de otros países. Bien es verdad que nuestro histórico complejo de inferioridad tiene sus raíces en la decadencia y en la mala gestión política durante siglos, por lo que es comprensible que no nos abandone fácilmente. Pues bien, este libro es uno de esos casos en los que la sociedad española, su estructura y los procesos de cambio que en ella se han producido están vistos con admiración y son objeto de una evaluación positiva, de modo que podemos después de su lectura sentirnos impulsados a continuar realizando con éxito la inserción de la sociedad española en marcos de desarrollo, prosperidad e igualdad de oportunidades mayores que ofrezcan niveles de bienestar satisfactorios al conjunto de los ciudadanos, sea cual sea su origen geográfico, su sexo, su edad y su situación dentro de este territorio interesante, y a veces poco vertebreado, que llamamos España.

Las implicaciones de la Sociología y la Política son crecientes a partir del comienzo de la transición política y con el desarrollo de la democracia, no

sólo por el enorme desarrollo de la Sociología electoral y política, sino sobre todo por el interés creciente de conocer la estructura social y los procesos de cambio que en ella se dan como base de las decisiones políticas que se van tomando y como argumento de las diferentes posiciones ideológicas que se van definiendo. De alguna manera, esta obra refleja esa presencia creciente de la Sociología en la sociedad española y podemos decir que, al igual que la democracia ya está afianzada, también lo están los estudios sociológicos en España.

La Sociología en España tiene un recorrido histórico común con la democracia: se atisba en los años sesenta, donde encontramos los antecedentes; se institucionaliza en los setenta, se desarrolla en la década de los ochenta y podemos decir que adquiere carta de normalidad en esta década final del siglo. Una y otra empiezan a estar fuera de la discusión en estos años en los que ya no es necesario explicarlas ni justificarlas, sino tan sólo usar de ellas y cuidar de darles el mayor rigor y eficacia posibles.

Es una obra integradora, que pretende hacer un balance positivo del trabajo de la profesión y que mantiene en todo su desarrollo una actitud mesurada y prudente al valorar los trabajos de los colegas, indicar sus aciertos y aportaciones y señalar las limitaciones que en ellos encuentra, sin entrar en personalismos potencialmente destructores. El autor conoce muy profundamente los trabajos de los sociólogos españoles, en su mayoría profesores universitarios, que aportan con sus investigaciones nuevos argumentos a los debates políticos

y que incluso a veces son los protagonistas mismos de esos debates.

El armazón fundamental de sus análisis son los sucesivos Informes FOES-SA, y el hilo conductor de sus análisis es el de analizar si las desigualdades se acrecientan con el desarrollo.

En la presentación de sus análisis sobre la estructura y los procesos de cambio de la sociedad española plantea una hipótesis, a la que finalmente no llega a responder, y que es la de que las desigualdades son el precio a pagar por el desarrollo en España. Señala con acierto que las líneas de superación de desigualdades que aparecen a través de sus análisis son uno de los aspectos más conflictivos del proceso de cambio. En sus análisis de la estructura social española y de las polémicas sociológicas sobre ella, pone una especial atención en ver cuáles son los niveles de desigualdad que se observan en la población, entre individuos, entre clases sociales y entre regiones. Sin embargo, sus conclusiones no son muy definitivas. Prudentemente, señala aquellos aspectos en los que las desigualdades se han disparado, por ejemplo las que se aprecian entre los ocupados y los parados, y también señala los procesos de cambio que han venido a atenuar ciertas desigualdades anteriormente muy importantes entre la población española, como las referentes al cuidado de la salud. En sus páginas finales, que no eleva a la categoría de conclusiones, señala que todavía «España mantiene una estructura de desigualdades excesivas».

La pregunta que se plantea a lo largo de toda la obra es la de la relación entre desigualdades y desarrollo;

las contestaciones a la pregunta son muy prudentes e incluso contradictorias, según se tengan presentes determinados factores demográficos, económicos o sociales, como los niveles de educación o la participación de las mujeres en el trabajo asalariado. En los estudios que consulta, fundamentalmente el V FOESSA, «no se concluye con claridad si la desigualdad aumenta o disminuye» (p. 313), y él se mantiene en esta ambigüedad. Subyace en sus análisis que es necesaria la intervención del sector público para que las desigualdades se suavicen, es decir, el desarrollo económico y la expansión de la economía no alteran las pautas de desigualdad, por lo que apoya «una política decidida para lograr cambios sociales adecuados» que de alguna forma ayuden a alterar estas pautas. En cierto modo, no puedo estar de acuerdo con tanta prudencia en el diagnóstico después de una década de expansión del llamado Estado del Bienestar en nuestro país, y después de ver los estudios de Bandrés sobre la reducción de las desigualdades regionales, los de Gaviña y González Cabrero sobre la expansión y utilización de los servicios sociales, los de Carabaña sobre la

educación pública, los que el mismo Jesús de Miguel nos ha ofrecido sobre el sistema sanitario a lo largo de estos años, que ponen conjuntamente de manifiesto cómo se han suavizado de manera importante las desigualdades en nuestro país debido a una serie de políticas redistributivas, aunque a veces hayan sido un tanto contradictorias, que han ampliado las oportunidades de buena parte de la población en términos de ingresos, de expansión y uso de servicios sociales, así como de protección frente a las eventualidades laborales y las discapacidades personales.

Pero el autor ha preferido mantener una postura un tanto más ambigua y prudente, respetando con ella su propósito inicial de suscitar el debate más que de intervenir en el mismo defendiendo una u otra postura. Es de señalar que este enfoque le permite dar mejor cabida en sus análisis a las posturas más encontradas, como muestra de que quiere ser, verdaderamente, un vehículo de presentación de los estudios y las opiniones que han configurado el quehacer sociológico en las últimas décadas en España.

Inés ALBERDI

HANS JOAS

El pragmatismo y la teoría de la sociedad
(Madrid, CIS-Siglo XXI, 1998)

En los años más recientes, aquellos sociólogos que han buscado orientación teórica en la fértil producción alemana se han visto escindidos entre

las abrumadoras obras de J. Habermas y N. Luhmann. La ingente producción de estos autores, su temprana traducción al castellano y la pronta

aparición de influyentes estudios sobre ellos han dificultado la recepción en España de otro autor de extraordinaria relevancia.

Hans Joas, catedrático de Teoría Sociológica de la Universidad Libre de Berlín, ha sido hasta ahora el tercer puntal olvidado, el tercio excluido de la teoría social alemana. Con *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, que nos llega ahora en la impecable traducción de Ignacio Sánchez de la Yncera, Joas proclamaba ya en 1992 la viabilidad de una teoría social de la acción apoyada en la tradición del pragmatismo americano. Es previsible y más que deseable que en el próximo futuro sean traducidos también *Die Kreativität des Handelns (La creatividad de la acción)* y *Die Entstehung der Werte (El origen de los valores)*, que completan su importante trilogía sobre la teoría de la acción.

Joas es un individualista metodológico, pero es importante no confundir su visión pragmatista de la acción con otros enfoques de la acción como intrínsecamente *pragmática, racional* o *egoísta*. Lo que Joas sostiene es que tanto el orden como el cambio social son producto de complejos, sutiles y a veces violentos procesos de negociación que toman en cuenta, a su vez, procesos de negociación anteriores y los resultados, intencionales o no, de acciones pasadas. Esto no presupone ignorar los fenómenos del poder, el conflicto, y las constituciones estructurales, sino enfatizar en que estos elementos son parte intrínseca de la propia acción (*vid.* pp. 50-51).

A menudo se ha reprochado equivocadamente a los pragmatistas de carecer precisamente de una defini-

ción nítida de la acción, llegando estos críticos a identificarla con el *acto*, físico o simbólico, que un sujeto efectúa en un determinado momento. No en vano la filosofía pragmatista es anterior a la escisión de su tronco de la psicología conductista, y sus principales representantes suelen denominarse ellos mismos conductistas en un sentido totalmente opuesto al de Skinner. Tomemos un ejemplo que aclara la cuestión por oposición. G. H. Mead, en uno de sus primeros artículos, analiza el arco reflejo que une un cierto estímulo con una respuesta corporal. A diferencia de otros enfoques, que diseccionan el fenómeno en distintas fases (estímulo, percepción, identificación, respuesta definida, el acto mismo de respuesta, etc.), para Mead es imposible comprender al sujeto que responde sin el estímulo que ha percibido y cómo lo ha hecho, y otro tanto para el objeto estimulante, porque ambos han coevolucionado juntos hasta alcanzar el acoplamiento estructural que se analiza. Del mismo modo, cuando se estudian tanto las microinteracciones de una pandilla callejera como la organización de un vasto complejo industrial es imposible acceder al objeto (el sujeto) sin aprehender su definición de la situación, su opción y/o sujeción por/a un rol particular en dicha situación, sus motivaciones, sus sentimientos, las estrategias que espera desplegar, los recursos materiales y simbólicos que considera a su alcance, los valores que dirigen sus decisiones y las respuestas que espera de su(s) contraparte(s). Este esquema de análisis es bien conocido en la obra publicada de Mead, donde un yo o

autoimagen construida en la primera socialización, casi innata como un carácter, se confronta con los diferentes *mí* que el sujeto percibe como la imagen que de él tienen otros significados, configurando finalmente un *uno mismo* (*my self*), que es el conjunto de rasgos de personalidad y habilidades sociales dramáticas con las que el sujeto se identifica en mayor o menor grado, es capaz de modular y moldear en diversa medida según los casos, y que constituye la materia prima de su presentación y propuesta de identidad en sus distintos ámbitos sociales de acción. Mucho menos conocido es que el mismo esquema es aplicable, según los pragmatistas, a los sujetos colectivos. En particular, para ellos, los conflictos sociales son procesos cooperativos-antagónicos en los que las partes construyen y reconstruyen sus identidades y proyectos, siendo la sociedad democrática el marco político más idóneo para construir escenarios donde esos conflictos puedan resolverse a la mayor satisfacción de quienes participan de la confrontación.

La acción social, incluso cuando es emprendida por un solo individuo, es siempre un proceso colectivo de construcción de significado. Frente a la transformación de la naturaleza y de las relaciones sociales de explotación (Marx), la construcción de representaciones colectivas en situaciones de efervescencia social (Durkheim) o el surgimiento de la rutinización o racionalización del carisma (Weber), la metáfora directiva de los pragmatistas es el experimento científico o bien el juego infantil —o su versión adulta, la libre creación artística—.

En la situación experimental, el investigador debe generar un marco de sentido en el que los datos recogidos se sigan naturalmente de presupuestos teóricos previamente disponibles o bien que él mismo ha modificado o creado de forma innovadora. De modo similar, en el juego infantil o en el arte, el objeto al que tiende la acción y las reglas que señalan los límites de lo permisible para lograrlo son ambiguos desde el principio y susceptibles de reinterpretación durante todo el proceso hasta que éste se da por concluido. Es quizá en razón de su aprecio por la ciencia innovadora por lo que hay una opinión muy generalizada según la cual el pragmatismo sería una extensión vulgar del utilitarismo individualista y del positivismo lógico, en el sentido de que vendría a afirmar que todo problema (psico)social es soluble casi inmediatamente mediante el recurso al método científico. En lugar de eso, el caso climático de acción para los pragmatistas es el individuo o el colectivo que resuelva de forma creativa un problema al que se enfrenta para su deseado desenvolvimiento y donde los fines no están prefijados ni son inmutables como para los defensores de la acción racional. Es por este motivo que los pragmatistas renuncian a establecer una tipología cerrada de modos de acción entre la pura reactividad irreflexiva y el ideal inalcanzable de una acción plenamente racional, esto es, que calcula perfectamente a tenor de la información accesible la optimización o máxima eficiencia del factor limitante o más escaso en una situación, así como el resto de los factores en la

medida de lo posible. De hecho, una misma acción en una misma situación puede ser interpretada *legítima y justificadamente* por diferentes actores como una acción racional, o meramente satisfactoria (Simon), o rutinariamente tradicional, o carismáticamente creativa, o instrumental, o inspirada por valores independientes de todo interés hedonístico, etc.

El énfasis pragmatista en la creatividad de la acción, que comienza por la disponibilidad y maleabilidad del propio cuerpo, apunta claramente al clásico problema del cambio social y parece dejar de lado el otro gran problema de la sociología clásica: la cuestión del orden. Para los pragmatistas, el orden no puede explicarse por la sumisión de los sujetos, *irracional o natural*, a las normas del grupo al que pertenecen, normas basadas en algún imperativo ético abstracto (Kant) o en alguna tradición religiosa idiosincrásica, al margen de los intereses hedonistas de los miembros de tales grupos. Por el contrario, la normatividad social puede surgir como resultado de un consenso de que ciertos cursos de acción deben estar virtualmente prescritos o proscritos en determinadas ocasiones; que dada la información y los recursos disponibles, así como las actitudes y expectativas de los demás participantes, seguir la norma es el *one best way* para una situación dada.

El pragmatismo de Mead, Peirce y Dewey no es sólo una teoría descriptiva y explicativa de lo social, sino también un enfoque metodológico práctico para la resolución de problemas en las sociedades democráticas industriales. Aunque desde una pers-

pectiva más tradicionalmente realista, sintoniza en esto con el reciente brote de enfoques constructivistas y reflexivos que, con un acento más relativista, aspira también a una apertura del diálogo social en las sociedades democráticas postindustriales. Sería posible tarea de una sociología del conocimiento sociológico explicar qué estructuras y agentes sociales han sido determinantes en la indiferente u hostil recepción de estas propuestas a lo largo de nuestro siglo. Es a dar cuenta de los méritos del pragmatismo, así como de las razones por las que fue y es aún hoy ignorado en Europa, a lo que Joas dedica el grueso de este volumen.

El principal mérito del pragmatismo inicial es haber dado origen en buena parte a más de una tradición sociológica. En primer lugar, a la célebre *Escuela de Chicago*. Solamente por las semblanzas biográficas (con especial hincapié en su compromiso social y político) y la revisión de las obras de R. E. Park, W. I. Thomas y F. Znaniecki merecería ya la lectura de este libro. En segundo lugar, la revisión economicista de la obra de Mead que H. Blumer ha desarrollado durante más de cuatro décadas bajo la etiqueta creada por él de *interaccionismo simbólico*. Por último, la sociología dramaturgica de Goffman habría resultado imposible sin la concepción pragmatista de un autor capaz tanto de representar rituales como de improvisarlos, permitiendo así el intento de reintroducir un agente autónomo en el marco del funcionalismo dominante.

A diferencia de esto, la recepción del pragmatismo en Europa ha oscila-

do entre la indiferencia y la hostilidad. En lo que constituye el grueso de este volumen, Joas pasa revista a la obra de distintos autores, tanto coetáneos del primer pragmatismo como contemporáneos. Sin desmerecer en absoluto sus hallazgos y la relevancia de sus obras, Joas encuentra las distintas tradiciones europeas deficientes en tanto en cuanto no han sabido producir una teoría adecuada de la acción.

Así, por ejemplo, Durkheim interpreta el pragmatismo como un *utilitarismo lógico* ramplón, incapaz de dilucidar la participación de la conciencia individual en las representaciones colectivas y, por tanto, de explicar la integración social. Estas acusaciones son tanto más sorprendentes cuanto que el propio Durkheim tiene una visión creativa de la acción en momentos de sociabilidad eferescente, pero no en la sociabilidad de la vida cotidiana. Y aún más cuando sostiene que las principales categorías cognitivas son proyecciones de categorías sociales estructurales. El problema radica en que Durkheim sostiene y defiende la dualidad cartesiana de materia y espíritu, de conciencia y acción, mientras que para el pragmatismo los individuos están incardinados en la praxis y en la sociedad aún antes de configurar una conciencia utilitaria.

Otro tanto puede decirse del pensamiento alemán en general, bien anclado en las tipologías weberianas, bien volcado unidimensionalmente del lado de la conciencia bajo la hegemonía filosófica de la fenomenología. Incluso los miembros de la *Escuela de Frankfurt* resultaron inmunes al prag-

matismo pese a su prolongado exilio en los Estados Unidos. Para ellos, el pragmatismo sería meramente una ideología popular dedicada a generar confianza pública en aquellas instituciones —como el mercado keynesiano o la democracia parlamentaria— y a diluir los intereses contradictorios entre las clases sociales. Trataríase meramente, pues, de una ideología alienante, de una forma de falsa conciencia. Lo que, sin embargo, los miembros de esta escuela no pueden explicar simétricamente es tanto el éxito de dicha *ideología* hasta los años sesenta, su contestación radical en los años sesenta-setenta y su rejuvenecimiento de la mano de Joas, en la actualidad.

Como síntesis de estas tracciones, J. Habermas funde el estructuralismo y la fenomenología para generar un marco de análisis de nuevo dualista, pues escinde la acción utilitaria de la comunicativa y la lúdica, y también modos de regulación social normativos orientados de un lado al éxito y de otro al entendimiento. Este esquema culmina en la escisión entre el *sistema* que funcionaría automáticamente autorregulado por la percepción por parte de los actores de su utilidad y, por otra parte, el *mundo de la vida*, el ámbito de construcción intersubjetiva de sentidos compartidos.

Para Joas, estos dualismos son espúreos e innecesarios. Toda acción es potencialmente producción y mensaje al mismo tiempo, y la (auto)conciencia de los actores y sus fines son producto de su autorreflexión sobre la solución de problemas en curso. El sistema, como el centro de gravedad de un cuerpo, no pasa de ser un recur-

so retórico, teórico, para resumir grandes volúmenes de acción coordinada de forma asociativa o comunitaria.

Otros autores actuales con quienes Joas disputa son Castoriadis, Giddens y Alexander. Cornelius Castoriadis es quien está más próximo a la perspectiva de Joas pues, en su confrontación con el estructuralismo, sostiene que las estructuras sociales son producto de un proceso de institucionalización en el que resultan fundamentales los logros imaginativos y creativos de los agentes, los cuales son, por otra parte, el baluarte de la autonomía individual de dichos agentes frente a la dinámica autosostenida que cobran las instituciones más o menos funcionales. De otro lado, sin embargo, Castoriadis intenta hacer culminar su teoría de la acción en una perspectiva de la evolución que, decepcionantemente, nunca se concreta en prácticas u opciones específicas. En el extremo ideológico y teórico contrario se sitúa la monumental revisión de la teoría sociológica clásica realizada por Jeffrey Alexander, y en especial su reivindicación del funcionalismo parsoniano. Pese a la lucidez y profundidad de su análisis, Alexander cae en el sempiterno dualismo de acción utilitaria/acción normativa, ignorando las potencialidades expresivas y de relación y coordinación colectiva de la acción social. Alexander no concibe el pensamiento de los actores como una autorreflexión de carácter práctico, sino sólo (meta)-teórico. De esta forma, no queda lugar en su perspectiva para una acción que efectivamente crea instituciones y satisface funciones incluso cuando éstas se encuentran más allá de las intenciones de los actores.

En una situación intermedia se halla Anthony Giddens, quien coincide ampliamente con el pragmatismo en considerar la intencionalidad como reflexividad, en distinguir la acción discursiva de la práctica y la acción misma, individual o colectiva, de las *estructuras*, como sistemas variablemente integrados de acciones rutinizadas que pueden tanto obstruir como espolear la creatividad de la acción. También la importancia del tiempo, entendido como ocasión y duración, como vivencia y como disciplina abstracta, reúne a ambas perspectivas, así como la importancia dada por ambas a la situación como fondo de recursos que nutren el sentido de la acción —y donde Giddens distingue las vivencias cotidianas de las experiencias *desandadas* que proporcionan los sistemas expertos, las instituciones sociales—. Sin embargo, Giddens nunca define su visión de la acción, su surgimiento en nuestro trayecto evolutivo, a partir de las estructuras de la sociedad humana donde se adquieren las competencias sociocognitivas individuales; de tal modo, los individuos aparecen bien como estructuras cuasiautomáticas y sin entorno, bien completamente dominados por éste.

Para concluir, es éste, sin duda, un libro imprescindible para todos aquellos buenos (o no tan buenos) conocedores de la teoría sociológica clásica y contemporánea. Con una facilidad y una falsa espontaneidad muy elaboradas, Joas salda cuentas con lo más granado de la teoría social. No obstante, no sería éste solamente un libro para teóricos especialistas. Joas aspira a que la teoría de la acción vertebral la

teoría social. A este fin dedica un capítulo singular y fundamental al repaso de la teoría de roles y de la interacción, con especial énfasis en sus aportaciones al proceso de socialización. Aunque estos enfoques han solido reducirse, respectivamente, al estudio de la vida cotidiana y de la primera infancia, es difícil imaginar una investigación sociológica empírica que vaya más allá de la fría encuesta, que entre en contacto con los sujetos, y que ignore el concepto de rol y los procesos de interacción. Aquí, Joas subraya una vez más el carácter abierto de la acción y, en especial, de la asunción de roles, señalando que

ésta puede ser o no reflexiva; que puede ser identificativa, imitativa o asuntiva; que puede variar en el grado y orientación emocional que moviliza; y que puede diferir en el rango o amplitud con que se asume el rol en su complejidad y en el desarrollo que de él se hace. En suma, y como palabra postrera, hay que felicitar al Centro de Investigaciones Sociológicas por la decisión de traducir y publicar este texto que contribuye de manera muy importante a enriquecer y renovar el acervo de la teoría sociológica en nuestro idioma.

Juan Manuel IRANZO AMATRIAIN

ÉMILE DURKHEIM

Lettres à Marcel Mauss

Edición a cargo de PHILIPPE BESNARD y MARCEL FOURNIER
(París, PUF, 1998)

Confieso mi afición por los epistolarios y compartir la opinión de quienes aseguran que en el carteo privado de un autor no es raro encontrar la apoteosis de su talento literario —piénsese, por ejemplo, en la correspondencia de Flaubert con su amante Louise Colet—. Es cierto que no siempre ocurre así y que a veces la correspondencia de los grandes no va más allá de lo anodino. Pero ni siquiera esto le quita valor como fuente de información, ya que el goteo epistolar, cuando es lo suficientemente continuado, tiene la inmensa virtud de hacernos accesibles los pliegues más personales y propios de un escri-

tor, lo que está por detrás de su producción pública, su día a día, su mundo de preocupaciones, prejuicios e intereses, sus opiniones más espontáneas sobre los contemporáneos con los que le ha tocado vivir, es decir, todo lo que se oculta tras su careta pública y es tan relevante para comprenderlo cabalmente.

La reciente publicación de las cartas que Durkheim envió a Marcel Mauss permite corroborar lo dicho. A lo largo de más de quinientas páginas y cubriendo de forma discontinua un período que va de 1896 a unos pocos días antes de la muerte de Durkheim, en noviembre de 1917, nos es dado

seguir en sus pormenores la relación entre dos de las figuras decisivas de la ciencia social francesa de principios de siglo, protagonistas además del ambicioso proyecto de institucionalización de la sociología y la etnología que conseguirían llevar a buen puerto. La espléndida edición crítica que Philippe Besnard y Marcel Fournier han hecho de este material sólo se resiente de una laguna, que la fatalidad de los acontecimientos impide subsanar, y es que, disponiéndose de las cartas de Durkheim a Mauss, no se dispone de las que éste enviara a aquél, perdidas irremediabilmente en las convulsiones de la Segunda Guerra Mundial. Queda así este epistolario, tan exigente en términos de diálogo, reducido a un monólogo continuado de Émile Durkheim, y el lector se pregunta siempre cómo serían las cartas de Mauss a que hace referencia, cuáles sus respuestas a las frecuentes reprimendas que se le hacen llegar, cuál su versión de los temas en los que con frecuencia chocaba con su mentor, cómo ese estilo apresurado, distraído, disperso y telegráfico que Durkheim le solía reprochar, etc.

La peculiaridad de estas cartas no viene tan sólo de la altura intelectual de los dos personajes involucrados o de la relevancia de los proyectos en los que colaboraron, sino además de las especiales relaciones que los ligaban, en las que se entremezclaban planos de experiencia normalmente disociados. Como es sabido, Mauss era sobrino de Durkheim y, muy joven, tras finalizar su bachillerato en 1890, se había trasladado a Burdeos para realizar sus estudios universitarios bajo la égida del tío Émile. Después se fue a París

para completar su formación en la École Pratique des Hautes Études, momento en el que arranca su fluida correspondencia. Lo que ésta muestra es que el contacto con el tío siguió vivo e intenso el vínculo hasta la muerte de aquél —y aun después al convertirse en su albacea intelectual—, anudándose así una relación que no tiene parangón en la historia de las ciencias sociales: «una bella historia de amor avuncular [en la que] el sobrino se convierte en el *alter ego* de su tío» (p. 2), como apuntan con acierto los editores. Todo se mezcla en esa relación en la que Mauss es muchas cosas a la vez y todas de forma intensa: sobrino, pupilo, discípulo, colaborador, confidente, correligionario.

Durkheim se sabe y quiere cumplidor de la misión de educar moral e intelectualmente al joven Marcel. Y en esa labor se muestra severo y cariñoso a la vez. Tu madre, le recuerda, me confió tu formación y yo «te he formado en mi ideal» (p. 272). No quisiera ser, dice en otra carta, «el tío importuno» (p. 380), pero está dispuesto a serlo y hacerle saber las verdades más amargas que el sobrino tiende a ocultarse. Es justamente esto lo llamativo en la correspondencia: la sinceridad de Durkheim, su impertinencia, el desparpajo y seguridad de que hace gala a la hora de criticar a ese sobrino-pupilo al que quiere llevar por la buena vía. Y así le reconviene continuamente su tendencia a mentir, a prometer más de lo que puede cumplir, su despreocupación (como «el pobre tío Félix», p. 148), su debilidad de voluntad, su dispersión en demasiados proyectos que no puede llevar a buen puerto, su inca-

pacidad para administrar bien el tiempo, su conversión en un *flaneur* sin rumbo (p. 101). No es el maestro el que así habla y reconviene, sino el tío materno que se ha convertido en responsable del clan familiar y ha asumido la educación del joven y lo guía en su aprendizaje social. Es su falta de vertebración moral lo que le preocupa, pero también su educación intelectual, para la que brinda críticas y consejos continuos: sobre la necesidad de escribir con orden, claridad analítica, capacidad de selección; sobre el peligro de dejarse atrapar por una «erudición vana» (p. 135) o perderse en «minucias y detalles» (p. 70); sobre el gasto inútil de tiempo que supone darse a lecturas dispersas y sin objeto claro; sobre la ingenuidad de pretender en sus trabajos dar cuenta de «todos los hechos», frente a lo que objeta: «no sólo no existe tal cosa, sino que carece de sentido. Lo que se precisan son los hechos cruciales» (p. 135). En definitiva, el Durkheim maestro vigila para que su discípulo aventajado no se pierda en los laberintos a los que le arrastra su talento errático, y de ahí que insista en estar al tanto de sus lecturas y escritos, para «seguirte e impedir que trabajes sin norte» (p. 34).

Pero el sobrino es también su brillante colaborador científico. La correspondencia comienza con una carta de petición de datos para la escritura de *El suicidio* y sigue con la crónica de la ingente elaboración de *L'Année Sociologique*, en la que Mauss carga con la responsabilidad de la sección dedicada a la religión. Se trata de una sección crucial que resume el propósito que se encarna en la revista,

que no es otro, según se declara oportunamente, que desarrollar «una teoría que, exactamente contraria a un materialismo histórico grosero y simplista a pesar de su tendencia objetivista, haga de la religión, y no ya de la economía, la matriz de los hechos sociales» (p. 71). En esa tarea, Mauss es una «llave maestra y a todas luces esencial» (p. 71). Durkheim reconoce con orgullo de mentor su talento y le carga de responsabilidad. De ahí las tirantezas cuando barrunta que el sobrino-discípulo-colaborador no está a la altura de la situación —lo que acontece con exacta periodicidad según se acercan las fechas de cierre del número y las colaboraciones no llegan con el ritmo debido—. Entonces las quejas del maestro se entremezclan con el chantaje moral del tío y tutor, que le reprocha no merecer el trato descuidado que le da Marcel y asegura sufrir por su falta de responsabilidad intelectual.

Pero el querido Marcel es también paño de lágrimas, confidente, correligionario. Con él se confiesa cuando las cosas no van bien: «me siento profundamente desalentado», «dudo de mí mismo» (p. 77), le hace saber tras la publicación de *El suicidio* y su recepción pública descaminada o poco entusiasta, decepcionante, en definitiva; todo parece venirse abajo e incluso le recuerda al sobrino un sueño en que se veía abandonado por él (p. 77). Es también Marcel el correligionario político con el que se comentan acontecimientos y se comparten esperanzas a lo largo del tortuoso *affaire* Dreyfus —esa «obsesión de la que no se puede escapar» (p. 167)—. Y es Marcel el paño de lágrima

mas a quien se acude en busca de consuelo tras la muerte en el frente de Bulgaria del hijo, André; el destinatario de la carta más emocionante del epistolario, en la que un Durkheim envejecido prematuramente, agotado emocionalmente tras la muerte del hijo querido, confiesa a su hijo intelectual que «se siente separado de todo interés temporal», reducido a la figura del «asceta que se siente por encima de todo» y al que sólo le espera «la melancolía como modo de vida» (p. 508).

Las cartas de Durkheim a Mauss son, pues, una fuente de primer orden para reconstruir sus relaciones en todos sus matices y complejidades. Pero su significación va más allá, y no sólo porque a partir de ellas podamos recabar una mayor información sobre la biografía de su autor, sino también porque son una fuente interesantísima para dar cuenta de la estrategia que estaba por detrás de la institucionalización académica de la sociología en la Francia de fin de siglo tal como la diseñó su creador. Es claro que Durkheim se sentía encarnación de una misión para la que existía un cierto respaldo político, pero que sufría de un déficit de legitimación: la misión de poner en marcha y hacer triunfar una sociología de ámbito expansivo. Profeta de esa buena nueva, era consciente de que su tarea sólo podía realizarse si contaba con un discipulado suficiente y un órgano propio de expresión. Ambas cosas las consiguió y en ambas fue decisiva la colaboración de Mauss —su agente científico en París hasta que finalizó su «exilio» bordelés—. La plasmación fue la publicación de *L'Année Sociolo-*

gique y su fiel equipo de colaboradores. A partir de las cartas a Mauss, se pueden reconstruir las reglas del juego que lo puso en marcha. Durkheim, como el Zaratustra de Nietzsche, no quiere discípulos anodinos, sino seguidores que capten cabalmente el espíritu de su empresa y, en vez de remedarlo, lo amplíen y desarrollen: «mi verdadera ambición es ver a algunos jóvenes de valor que, en vez de seguirme servilmente, utilicen con franqueza los resultados a los que llego» (p. 78), le hace saber con un cierto desánimo. Para ello, quiere animar y garantizar su autonomía: «no quiero ni siquiera aparentar ejercer un control o adoptar el aire de un regente» (p. 100), proclama con insistencia. Pero esa autonomía no puede estar sino muy circunscrita. En realidad, sabe y desea que «*L'Année* es un todo y en eso consiste su mérito. Es preciso que alguien vele por el todo» (p. 255) ¿Quién? Evidentemente, él mismo. De ahí la problematicidad de un proyecto que quiere conjugar unidad y diversidad, ortodoxia y autonomía. Y de ahí también que Durkheim eche sobre sus espaldas un trabajo abrumador de coordinación y revisión de todos los manuscritos a publicar, trabajo que sabe que le aparta de otras empresas mayores y del que se resiente en su correspondencia.

El maestro, profeta y jefe de escuela de la nueva sociología se muestra a la vez severo y generoso en la supervisión del trabajo de sus colaboradores. No hay más que leer la extensa correspondencia ligada a la escritura del trabajo de Mauss y Hubert sobre el sacrificio (pp. 135 ss.) para comprobarlo. Durkheim ofrece sus servi-

cios, pone a disposición su tiempo, da ideas, interviene en la redacción, pide noticias precisas sobre el estado en que se encuentra el trabajo, reconviene la tardanza, critica, anima, vitupera, exalta. Sus colaboradores son su *alter ego* y en su obra se siente reflejado y comprometido. De este modo, la sociología institucionalizada se concibe siempre como una sociología personalizada, una sociología estrictamente durkheimiana, y así resultará que de los avatares de la persona que la encarna dependerán sus éxitos.

Basten estas incursiones selectivas sobre este libro para hacer ver su relevancia. Se trata de una obra impres-

cindible para reconstruir la personalidad intelectual y moral de dos de los más decisivos científicos sociales del presente siglo, pero también para comprender cómo se encarnan los proyectos científicos, cómo operan sobre ellos las relaciones sociales más variadas, cómo lo personal puede impersonalizarse y lo impersonal personalizarse, cómo, en última instancia, la educación sentimental del sobrino Mauss es un dato decisivo en la tarea de institucionalización de la sociología francesa tal como la desarrolló el tío y maestro Durkheim.

Ramón RAMOS TORRE

FERNANDO J. GARCÍA SELGAS y JOSÉ B. MONLEÓN (eds.)
Retos de la postmodernidad. Ciencias sociales y humanas
 (Madrid, Trotta, 1999)

Para enmarcar convenientemente la obra objeto de nuestro comentario, habría que empezar diciendo que se trata de un compendio de ensayos que «fueron presentados y discutidos en un simposio organizado por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad de California (Estados Unidos), del 22 al 25 de abril de 1997, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid» (p. 9). La labor de organización y edición ha corrido a cargo de Fernando García Selgas y José B. Monleón.

Son precisamente ellos quienes se encargan de la introducción. Es un lugar común en estos casos señalar que su análisis del libro, de sus ejes

centrales y de cada capítulo en concreto suponen la mejor introducción. Lo que sucede en este caso es que es incuestionablemente cierto, por lo que estas breves reflexiones no excusan a todo lector interesado de no remitirse a ella.

El título del libro expresa el deseo de reflexionar sobre los «retos planteados a las ciencias sociales por la postmodernidad» (p. 11). Los editores, en la introducción, entienden que los tres principales son hacer frente a las *muertes* de sujeto, razón y progreso. Yo me atrevería a decir que, más que un tratamiento en profundidad de esta cuestión, se trata (como por otra parte reconocen los mismos

autores) de un «pretexto para dar carta de problema científico-social a cuestiones que demasiadas veces se niegan, se ridiculizan o se ignoran, como son las aportaciones teóricas del feminismo o las cuestiones que plantea el multiculturalismo» (p. 16), a la vez que demostrar la emergencia de lo postmoderno a aquellos reacios a aceptarlo. Estos retos de la postmodernidad, entienden los autores, no deben suponer una ruptura que olvide herencias anteriores, sino preguntarse en el momento presente «¿cuál es el camino a seguir para trascender la modernidad y llegar a otra época en la que existan condiciones mejores para la realización del sentido de *emancipación y justicia* del ser humano?» (p. 27).

«Aun sabiendo que esta serie de cuestiones forma un racimo de cerezas, en el que al tirar de una es muy difícil no tirar también de otras, y por lo tanto las conexiones entre unos y otros trabajos son complejas, múltiples y diversas, se decidió articular un debate interdisciplinar en torno a tres ejes temáticos generales» (p. 16). Comentaremos cada eje y los artículos en ellos comprendidos.

«El primer eje, denominado *la tensión entre los márgenes y los centros*, ha recogido las incongruentes y fluctuantes fuerzas a las que hoy se ven sometidos los diferentes individuos en su constitución y en su toma de posiciones» (p. 16). Ya no hay un único modelo de individuo, las posibilidades están abiertas. Las posibilidades nuevas que aparecen en los ensayos hacen referencia al sujeto del feminismo y al fenómeno de la *transnacionalización*.

Para P. Dubois, el pasado puede (y frecuentemente lo es) ser utilizado como legitimación del presente. En este sentido, frente al modelo de buen ciudadano de Platón y Aristóteles usado por los neoconservadores para celebrar «la homogeneidad, los derechos de propiedad y el aislacionismo» (p. 38), propone a la poetisa griega Safo, que da otra versión de sujeto híbrido, nómada, polimorfo... que abre nuevas posibilidades de identidad, posibilidades postmodernas.

C. Gallagher quiere abordar una visión de «las ideas de sujeto implícitas en las retóricas de legitimación de las mujeres desde los comienzos de la era moderna» (p. 43). Descubre que la legitimación más adecuada y utilizada ha sido la carismática (en sentido no autoritario), en tanto en cuanto posibilita la emergencia de un sujeto distinto al legal-racional. Pero hoy parece haberse producido, con la llegada del feminismo al mundo académico, una «rutinización del carisma convirtiéndose en un objeto de estudio más que en un método o un punto de vista desde el que trabajar» (p. 56).

Celia Amorós apuesta por una vía diferente: la conveniencia para el feminismo de pertenecer al proyecto ilustrado y el peligro de los coqueteos postmodernos. El feminismo está asociado a la tradición emancipatoria de la modernidad, cuya veta todavía no está agotada sino pendiente de mayor explotación (*modernidad radicalizada*).

Para Félix Ortega, la destrucción postmodernista del sujeto ilustrado es sustituida, de forma poco satisfactoria, por la identidad de género. La

insatisfacción está en que sólo se consigue una identidad «frágil y carente de apoyos societarios firmes» (p. 88) y, al no ir más allá de sí misma, cae en las redes de la psicologización de la vida social, quedándose en la esfera de lo privado y desentendiéndose de la intervención en lo público.

Luis E. Guarnizo continúa con la temática identitaria, pero cambia su foco de análisis del género a la identidad nacional. A través del fenómeno del *transnacionalismo*, lo identitario y hasta la jurisdicción saltan las barreras de los Estados-nación, a caballo de una «identidad esencialista transterritorial» (p. 109). El autor refleja la hibridación de las identidades nacionales, a la vez que ironiza sobre las estrategias de los márgenes (Latinoamérica) para crear redes de influencia en el centro (Estados Unidos) cultivando la identidad transterritorial.

«El segundo eje del trabajo, denominado *el pensamiento polifónico*, indaga en las determinaciones que, en las actuales sociedades del conocimiento y la comunicación, consolidan el saber/poder que nos constituye» (p. 19). Las sociedades actuales son sociedades del conocimiento y la comunicación. Desde diferentes perspectivas se reflexiona sobre las características, condicionantes, limitaciones y consecuencias de los procesos cognitivos y comunicativos.

Todd Gitlin lleva a cabo un ataque en toda regla contra el *perspectivismo* que nace de un exceso de la política de identidades. Considera obvio reconocer que nuestro conocimiento parte de unas determinadas perspectivas, pero lo decisivo es saber «a dónde vamos con y desde ellas» (p. 132) y,

para tal tarea, Gitlin considera imprescindible el equipaje ilustrado.

Lamo de Espinosa comienza hablando de los cambios que estamos viviendo en nuestros días, para marcar distancias con la modernidad que los sociólogos clásicos dibujaron emergiendo del orden tradicional. La globalización y sus consecuencias (cambio de modelos, el observador no puede escapar de pertenecer a lo observado...) conlleva cambios aglutinados bajo la etiqueta de lo *post*. Para Lamo de Espinosa, dicho tránsito no ha conducido sino a una sociedad radicalmente moderna, al triunfo de la modernidad. Sociedad que tiene en su centro a la ciencia como motor e institucionalizadora del cambio social, lo que hace obsoleta la adaptación cultural en cuanto que mira al pasado y necesita de un pensamiento reflexivo que monitorice el futuro para orientar la conducta presente.

La aportación de Bruno Latour es, como casi toda su obra, densa, original y sugerente. En esta ocasión reflexiona sobre cómo los fenómenos para analizarse científicamente necesitan ser previamente transformados y puestos en redes que los desplazan, relacionan... Así, las bibliotecas no son sino centros, nudos, estaciones que relacionan y juegan con inscripciones. Si lo anterior es cierto (y para el autor lo es), las ciencias no son instrumentos para llegar a una verdad única y pura, sino más bien a una «verdad vestida, equipada, rolliza, instrumentada, costosa, desplegada» (p. 180).

«Lo que estoy sugiriendo —dice Hayden White— es que las innovaciones estilísticas del modernismo, nacidas como fueron por poner en

palabras la pérdida anticipada de un *sentido de la historia*, que es lo que se critica ritualmente al modernismo, pueden ser mejores instrumentos para representar los acontecimientos *modernistas* que las técnicas de contar historias utilizadas tradicionalmente por historiadores para representar los acontecimientos del pasado» (p. 202). Ésa es la tesis central de su ensayo, a la que llega apoyándose en el análisis de la película *JFK*, de O. Stone.

Gonzalo Abril nos introduce en las calles de Cali (Colombia) analizando el discurso de sus moradores. El resultado es una ciudad como espacio simbólico heterogéneo en donde se dan diferentes formas de identidad y pertenencia, donde grupos sociales diferentes producen su medio. Modernidad y postmodernidad se cruzan, identidad tradicional e hibridación conforman Cali.

Dan Schiller analiza el devenir de las telecomunicaciones en las últimas décadas. Descubre que están integradas dentro de la dinámica general de la globalización del capital. Esto supone que las telecomunicaciones trascienden las redes nacionales y el control de los Estados, a la vez que refuerzan la desigualdad y una creciente estratificación para acceder a ellas.

«No puede resultar extraño que, dadas las transformaciones históricas que han quedado aquí delineadas, categorías y conceptos como los de ciudadanía y multiculturalismo hayan pasado a ocupar la atención de los investigadores, preocupados por los procesos de oscilación entre el bienestar social y la exclusión, entre la pertenencia y la marginación» (p. 22). El tercer eje se denomina *globalización y*

fragmentación de las relaciones sociales. Es necesario repensar lo social para poder comprender los cambios y mezclas de las sociedades postmodernas. Junto a ello, hay que armonizar lo diverso con la participación en proyectos sociales y políticos, armonización de multiculturalismo, democracia y ciudadanía.

La aportación de Carlos Alberto Torres aborda (como bien dice el título del artículo) los dilemas de la ciudadanía en las sociedades multiculturales. «La diversidad cultural es una consecuencia fundamental del proceso creciente de globalización económica, cultural y política que no tiene parangón en la historia de la humanidad» (p. 268). Y a ello no dan respuesta ni las teorías actuales de ciudadanía, democracia o culturalismo, ni las huidas hacia delante de neoliberales y neomarxistas. Para Torres, la clave está en una educación para la democracia que sea capaz de apreciar y cuidar la diversidad, a la vez que crear una «solidaridad que una a los individuos en torno a metas comunes» (p. 267).

Raymond Rocco estudia las comunidades latinas en los Estados Unidos (más concretamente en Los Ángeles) y se encuentra con la necesidad de utilizar las categorías postmodernas para estudiar una realidad que se presenta como híbrida, diversa. Ahora bien, es necesario ir un poco más allá. No basta con reflejar la realidad, sino que hay que estudiarla unida al contexto institucional: «propongo que una forma de estudiar esta limitación política es resituar el discurso y los debates sobre los espacios subalternos dentro de un enfoque determinado

de la problemática de la ciudadanía que vincule ciudadanía y sociedad civil» (p. 287).

Carlos Berzosa analiza la vertiente económica de la globalización. El panorama que presenta es poco alentador: estancamiento económico, aumento de la desigualdad, precariedad laboral, progresivo desmantelamiento de los Estados de Bienestar... Caminar hacia un futuro mejor depende de que la economía recupere su dimensión social y ética y de que surja algún mecanismo de control sobre los procesos globalizadores, que hoy por hoy no existe, pues los Estados-nación se han visto desbordados.

Fragmentación de lo diverso, diversidad de la diversidad. Sintéticamente, ésa podría ser la idea central del artículo de Manuel Gutiérrez Estévez. Complejiza la idea, ya de por sí compleja, del multiculturalismo al mostrar que dentro de los mismos grupos indígeneas existen subgrupos con objetivos e, incluso, identidades distintos. No es sólo que lo postmoderno sea complejo, sino que para el autor está imbricado con lo moderno, lo que significa que no se pueden enterrar demasiado pronto puntos de vista, vías de análisis y prácticas políticas aparentemente superados.

José Luis García defiende una visión crítica del multiculturalismo porque «el mismo concepto de multiculturalismo, y la invocación paternalista de respeto para las culturas minoritarias deja traslucir una magnificación de las diferencias culturales, al convertirlas en fronteras que frenan la integración de los individuos en esa gran organización de la diversidad que es una cultura, aunque no sea

aquella en la que uno circunstancialmente ha nacido» (p. 323). Anteriormente ha justificado esta conclusión final al considerar que la cultura no crea características psicológicas distintivas, siendo fundamentalmente un mecanismo adaptativo y organizativo, que las identidades individuales son múltiples y mutables y que los seres humanos pueden aprender otras formas de conducta y comunicación distintas de las de sus experiencias culturales anteriores.

Después de todo este *viaje* por el libro, unos comentarios muy breves. En primer lugar, podría decirse, como en casi todas las obras de este tipo, que se trata de un trabajo desigual debido al diferente grado de calidad de las aportaciones. En segundo lugar, podemos apuntar un objetivo en parte incumplido. En la solapa del libro se citaba cómo la intención del mismo consistía en trascender la polémica modernidad/posmodernidad para evaluar la realidad social de nuestros días. Es evidente que se aportan pistas para un diagnóstico de nuestro tiempo, pero no es menos cierto que es un eje central de casi todos los artículos el posicionamiento en la polémica modernidad/posmodernidad, defendiendo la propia posición y desestimando la contraria. Por último, vayamos con las aportaciones. Se trata de un ejemplo de sensibilidad postmoderna en la temática (feminismo, identidad, multiculturalismo, sociología de la ciencia...) y de demostración de la fertilidad (¿necesidad?, ¿urgencia?... de los enfoques interdisciplinares.

Pedro José MESAS DE ROMÁN

JULIO IGLESIAS DE USSEL
La familia y el cambio político en España
(Madrid, Tecnos, 1998)

Como es sabido, la familia española se encuentra inmersa en un proceso de profundo cambio sobre el que inciden las distintas dimensiones del proceso de transformación de la realidad sociocultural que estamos conociendo (cambio en los valores e ideales sociales dominantes, redefinición en las fronteras entre Estado del bienestar, familia y mercado, papel social de la mujer, etc.). El análisis de estos efectos sobre la dinámica familiar en sus distintas dimensiones, tanto desde el punto de vista de la familia considerada como variable independiente y acentuando así la dimensión adaptativa al cambio del entorno, como desde la perspectiva inversa articulada a través del concepto de estrategias familiares, es una de las líneas de investigación centrales en la sociología de la familia. El título del libro que se comenta sugiere el análisis de los efectos del cambio político sobre la dinámica familiar, pero éste resulta engañoso, pues las dimensiones analizadas incluyen no sólo ambas perspectivas, sino que se extienden a todo el amplio conjunto de dimensiones propias de la vida familiar. De hecho, en el libro se recogen parcialmente modificados los trabajos que uno de los más reputados sociólogos de la familia en España ha publicado en distintos contextos, salvando así del olvido importantes contribuciones aparecidas en textos de imposible adquisición en la actualidad.

El libro que se comenta se abre con un capítulo destinado a explicar una

cuestión crucial en el rápido cambio familiar que está conociendo nuestra sociedad, a saber, ¿por qué la reforma de la legislación familiar en la transición no suscitó, como ocurrió en los distintos intentos pasados de modernizar y civilizar la legislación familiar, un enfrentamiento radical con la Iglesia y una fractura social? El autor cree que ello se debe a tres causas, a saber: el cambio familiar registrado en los sesenta y en los setenta, la posición reformista de la Iglesia y la estrategia de reforma política. Por lo que se refiere a la primera causa, el autor destaca el tránsito en los años sesenta desde una sociedad de familias a una sociedad de individuos y, con ello, el tránsito desde una relación de pareja fundada en lo institucional a una relación fundada en lo personal. Entre los cambios relevantes acaecidos en la Iglesia destacan factores tanto externos (el Concilio Vaticano II, más proclive a admitir la autonomía de la sociedad civil y a que el poder no debe imponer coercitivamente las creencias religiosas; el fracaso del intento de movilización popular en Italia en 1974 a raíz del referéndum sobre el divorcio, y la renovación del Concordato entre Portugal y la Santa Sede, en la que se aceptó la posibilidad de que los matrimonios canónicos accedieran a la ley del divorcio) como internos (desacreditación de los tribunales eclesiásticos; actitud mayoritariamente tolerante hacia el poder del Estado para legislar sobre materia de familia; distanciamiento de la Iglesia del Régimen y

creación en su seno de márgenes de discusión; renovación del Concordato en el 79 en términos similares al celebrado con Portugal, aunque rechazó la idea del divorcio consensual). La existencia de estos cambios no significó, sin embargo, subraya el autor, que no fuera un tema controvertido y fuente de tensiones, pero finalmente se rehusó la movilización popular. Por lo que se refiere a la respuesta política, el autor destaca como especialmente relevante el que no se llegara a fraguar un partido socialcristiano fuerte, la estrategia de compensación, ambigüedad y eliminación en la redacción de la Constitución (con artículos de redacción deliberadamente vaga, artículos relativamente contradictorios y no constitucionalización del divorcio, como sucedió durante la Segunda República) y la estrategia de reforma paulatina.

En el segundo capítulo se abordan concisamente las principales características de los cambios más recientes registrados en la familia española. Por un lado, se destaca la rápida aceptación del pluralismo familiar, rapidez que ha redundado en problemas de adaptación (por ejemplo, de servicios, pero también de modelos adecuados de rol). Por otro lado, también se aborda la caída de la nupcialidad, el aumento de la soltería, la prolongación de la estancia de los hijos en el hogar paterno, el descenso histórico de la natalidad, la emergencia del divorcio y la nueva monoparentalidad y la extensión de los hogares unipersonales y la cohabitación. El artículo concluye con la defensa de la necesidad de una política familiar que facilite la adaptación de las familias a los cambios sociales.

El tercer capítulo está destinado a un análisis crítico sobre las relaciones infancia-familia (que no padres-hijos), reconociendo, no obstante, su parcialidad al centrarse fundamentalmente en la dimensión negativa. La crítica comienza destacando la escasa presencia del padre y la poca preocupación que ello ha despertado, pues en definitiva la ideología que subyace en la cultura familiar española es la de la asignación de la crianza y cuidado de los mismos a la mujer. El comentarista considera, no obstante, que el cambio familiar ha supuesto también una modificación no sólo en la imagen social de la paternidad responsable, sino también en el plano de los comportamientos, y que en este sentido la crítica resulta excesivamente parcial. Cierta es, por el contrario, la crítica a numerosos prejuicios sociales (sobre el carácter cohesionador de los hijos, los hijos únicos, la implicación de los padres en el juego de los hijos, el carácter deseado de los hijos, el egoísmo de las parejas al no tener hijos, entre otros), que el autor rebate sistemáticamente, como es cierta también la absoluta hegemonía del punto de vista de los adultos en toda consideración sobre el tema.

El capítulo cuarto está destinado específicamente a las relaciones juventud-familia (que no exclusivamente jóvenes-padres). Partiendo del potencial altamente conflictivo que se ha desarrollado con los profundos cambios y las condiciones socioeconómicas de las sociedades industriales avanzadas (prolongada coexistencia residencial derivada no sólo de la crisis económica y del paro, eminentemente juvenil, sino de la propia pro-

longación de la vida; creciente importancia de la socialización por los grupos de iguales en la escuela; creciente ausencia de hermanos mayores; desaparición de los ritos de tránsito que pueden convertir los propios conflictos individuales para ganar autonomía en equivalente funcional de esos ritos perdidos; el cambio del estatus social y familiar de la mujer, con el desajuste entre el discurso global y los comportamientos individuales concretos), el autor evidencia, sin embargo, cómo las relaciones intergeneracionales no cabe calificarlas de conflictivas y cómo tampoco ello se ha traducido en un cambio radical de actitudes hacia la vida familiar. En este sentido, el autor concluye que la continuidad cultural se ha mantenido, al tiempo que se han producido rápidas adaptaciones tanto por parte de los padres como de los jóvenes.

En el capítulo quinto se aborda la relación entre trabajo y familia. Partiendo de la multiplicidad de interacciones y efectos recíprocos, el autor, tras señalar lo escasos que son nuestros conocimientos al respecto, se centra fundamentalmente, por un lado, en los efectos de la integración en el mercado de trabajo sobre las pautas de formación de las familias (la nupcialidad y la natalidad), así como sobre la relación inversa, y, por otro lado, en los efectos del paro sobre la dinámica familiar. Respecto a los efectos sobre la nupcialidad, además de destacar la homogamia profesional, la caída registrada en las últimas décadas es atribuida en buena medida al paro, lo que a su vez ha contribuido al descenso de la natalidad. Ahora bien, los efectos sobre la

natalidad derivarían también del trabajo extradoméstico de la mujer, dado que las mujeres con un empleo extradoméstico tienden a tener una natalidad más baja, tanto en el plano ideal como en el número efectivo de hijos que se tienen. El estudio de la influencia de la familia en la integración en el mercado de trabajo se realiza sobre la base del capital relacional de la red de parentesco y de amistades de la familia, concluyendo en subrayar la importantísima función social que cumple la familia española a la hora de colocar a sus miembros en la estructura social. En relación a los efectos del paro sobre la familia, se destaca cómo éstos no son simples y unívocos, sino muy diferentes según qué miembros de la familia y en qué fase del ciclo familiar se vean afectados por esta experiencia, dando origen a efectos diversos sobre la solidaridad y la dinámica familiar.

En el capítulo sexto se exploran los condicionamientos de la vivienda sobre la familia, una relación que no se ha abordado en la reflexión y análisis de la política y construcción de viviendas, y ello a pesar del papel central que representa. El autor critica precisamente la ausencia de toda reflexión sobre las consecuencias del hábitat familiar sobre la dinámica familiar, defendiendo la oportunidad de una mayor flexibilidad de las viviendas en alquiler para hacer frente a las necesidades derivadas de las estrategias familiares y de las distintas necesidades en las diferentes fases del ciclo familiar. Por otro lado, se critica igualmente y se subraya la mala calidad y hacinamiento de buena parte del parque de viviendas, lo que, según el

autor, ha forzado a sus habitantes a una reorientación de su vida hacia «la calle», ha incidido en una menor satisfacción con la vida familiar y en los conflictos domésticos (bien de forma directa, bien indirecta —por el número de hijos, por dinero—). Al respecto se destaca, no obstante, que es perceptible una mejora en este aspecto.

En el capítulo séptimo se aborda la profunda transformación en la utilización y sincronización de los tiempos individuales de los miembros de la familia, hasta un pasado reciente fuertemente constreñidos por las limitaciones del dominio luminoso del espacio y la rigidez de las relaciones familiares. Esta transformación ha hecho que la sincronización temporal de los distintos miembros de la unidad familiar se haya complejizado considerablemente, constituyéndose con ello en un potencial de conflicto o tensiones familiares creciente, como queda ilustrado en el caso de la compatibilidad de vida laboral y vida familiar.

En los capítulos octavo y noveno se aborda la ruptura familiar desde distintas perspectivas y, así, mientras en uno se realiza un análisis pormenorizado de las distintas causas de la ruptura, en el otro se abordan sus efectos, esto es, la monoparentalidad. En lo que se refiere a la ruptura familiar, una de las contribuciones más relevantes de este capítulo es superar el «fetichismo del divorcio», planteando la problemática de la evolución de la ruptura familiar en un marco más amplio y completo que contribuye a desenmascarar el mito de la armonía familiar del pasado y la absolutización del divorcio en la actualidad. En

el capítulo noveno se profundiza en la misma dirección, al abordar críticamente el concepto de monoparentalidad, surgido en las últimas décadas, y que ha tenido una difusión sin precedentes en las Ciencias Sociales al evocar un mayor grado de neutralidad valorativa que otros conceptos alternativos. Esta neutralidad se afirma sirve tanto para desvelar como para ocultar, y las críticas que a la misma hace el autor se refieren a que sitúa la perspectiva analítica en el punto de vista de los adultos y no de los hijos (aunque luego el texto sigue centrándose en la perspectiva de los adultos), así como a que tiende a confundir hogar como familia, pues el hogar será monoparental pero las relaciones familiares pueden ser mucho más intensas y amplias sin existir unidad de convivencia (por extensión, podría decirse que lo mismo sucede con las demás estructuras familiares, al no poder escapar el análisis científico a la identificación en el lenguaje común entre estructura y relaciones). En el análisis empírico del fenómeno se subraya la insuficiencia de datos, dado que éstos se obtienen únicamente a partir de la declaración del estado civil, lo que impide aprehender el carácter fluido y heterogéneo de la ruptura familiar, que es objeto de análisis en el capítulo precedente. Los datos estadísticos derivados del censo de población o de otras fuentes infravalorarían así sistemáticamente no sólo el alcance del fenómeno, sino también el propio cambio en sus dimensiones sociales.

El capítulo décimo se dedica al análisis de la política familiar, y particularmente a las razones que explican

su práctica desaparición no sólo del horizonte de las políticas públicas en España (aunque no así de los países de nuestro entorno), sino también del propio debate social y político, hasta recientemente, en que parece haberse abierto una nueva sensibilidad en este sentido, abogándose por la necesidad de la rehabilitación de una política de estas características, que si bien ha estado estigmatizada por ser considerada conservadora, contribuye, sin embargo, decisivamente al bienestar individual y colectivo.

El libro se cierra con un epílogo sobre la enorme capacidad de adaptación de la realidad familiar a los cambios económicos, políticos y culturales, y cómo la corta historia de la familia actual nos enseña, ante todo, prudencia a la hora de analizar su transformación, pues, como otras instituciones centrales de la vida social, ha sido percibida siempre en situación de crisis, transición y dramática encrucijada. Como apéndice se incluye un muy ilustrativo y útil capítulo sobre la evolución de la sociología de la familia en España, escrito en colaboración con Lluís Flaquer, que ilus-

tra cómo la importancia social de la familia analizada en los capítulos precedentes ha ido pareja con una falta de desarrollo y consolidación de un análisis sociológico sistemático de la misma.

En definitiva, se trata de un libro muy sugerente y útil, tanto por la descripción de los cambios familiares registrados en este ámbito de la vida social española desde la transición, con continuas referencias al pasado franquista y/o a la sociedad preindustrial que contribuyen a dotar de perspectiva histórica al análisis del cambio (algo consustancial a la vida familiar tanto hoy como en el pasado), como lo es también por las continuas referencias a lo limitado de nuestro conocimiento y a las posibles líneas de investigación futura. En este sentido, el libro es de interés tanto para quien no se interesa por la sociología de la familia como ámbito de investigación científica, como para aquellos que quieren contribuir a mejorar nuestro conocimiento de una realidad social tan difícilmente aprehensible.

Gerardo MEIL LANDWERLIN

JON D. MILLER, RAFAEL PARDO y FUJIO NIWA
Percepciones del público ante la ciencia y la tecnología
 (Bilbao, Fundación BBV, 1998)

El siglo XX, y muy particularmente su segunda mitad, ha sido un período de grandes transformaciones. Como recuerda Paul G. Heltne, en el pórtico de la obra, este siglo «ha sido testi-

go de dos grandes revoluciones: una en el campo de la ciencia y la tecnología, y otra que afecta a la democracia». Por una parte, los avances científicos y tecnológicos han contribuido

a una mejora notable en casi todos los aspectos de la vida cotidiana, especialmente en las sociedades avanzadas de Occidente. Pero, por otra parte, la profundización de la democracia exige también que las cuestiones científicas estén sometidas al juicio de la ciudadanía, para lo cual es necesario hacerlas accesibles a la comprensión del público general.

La expansión del conocimiento científico y los avances tecnológicos también han puesto de manifiesto los riesgos inherentes a la utilización de las nuevas tecnologías. Hasta el punto de que Ulrich Beck ha caracterizado a nuestras sociedades finiseculares como sociedades del riesgo, en las que los individuos se ven expuestos a riesgos de escala mundial, sobre los que no tienen ningún tipo de control¹. Igualmente, al compás de las transformaciones acaecidas en los sistemas de valores en las sociedades occidentales se han desarrollado diversos movimientos sociales que tienen como señal distintiva una actitud crítica o, cuando menos, una clara desconfianza con respecto a la tecnología. Tal es el caso de los movimientos ecologistas.

Estos hechos ponen de manifiesto la necesidad de reflexionar acerca de las percepciones del público respecto a la ciencia y la tecnología. Nos enfrentamos, en definitiva, con el reto de establecer un marco en el que pueda articularse un control democrático sobre las políticas científicas. Y ello afecta también a las organiza-

ciones supranacionales que se ven ahora implicadas en el proceso de definición de estas políticas, puesto que fenómenos como el cambio climático o los problemas energéticos superan la capacidad de decisión y de actuación de los gobiernos nacionales y requieren, cada vez más, la cooperación entre Estados. Esto es particularmente evidente en contextos como el de la Unión Europea, que experimenta un proceso de integración económica de gran trascendencia, pero cuyas instituciones políticas están aquejadas de un considerable «déficit democrático», según perciben los ciudadanos europeos.

Sin embargo, en el contexto de las sociedades de democracia pluralista, los procesos de elaboración de las agendas informativas dificultan la articulación de una auténtica opinión pública en torno a temas científicos o tecnológicos sustantivos. Por una parte, los ciudadanos se ven expuestos a una gran cantidad de informaciones, mientras que, por otra, los indicadores muestran una relativa pérdida de interés por la política. Y, aun entre quienes sienten interés por la política, son sólo algunos los que centran su atención en cuestiones de política científica.

Según ponen de relieve los autores, el porcentaje de adultos interesados en estas cuestiones es relativamente bajo en todas las sociedades occidentales. Normalmente, se trata de los grupos con mayor nivel educativo, al tiempo que las mujeres y los mayores de cincuenta años son los sectores con menor interés. Esta segmentación de audiencias se ve reforzada, además, por el hecho de que los grupos más

¹ Ulrich BECK, *Risk Society. Towards a New Modernity*, London-Beverly Hills: Sage, 1994.

interesados son los que tienen más conocimientos científicos. Por tanto, para lograr una participación efectiva de la ciudadanía en la definición de las políticas científicas será preciso enfrentar, en un futuro próximo, el reto de extender la «alfabetización científica» a amplias capas de la población, evitando la marginación de los sectores sociales más débiles.

El sistema educativo debe ser un instrumento eficaz en la transmisión de una cultura científica básica. La ventaja comparativa de Estados Unidos en el porcentaje de público interesado en la tecnología se explica en buena medida porque la Universidad es accesible a un mayor número de personas. Y la formación universitaria es más generalista, haciendo posible que los estudiantes que no cursen materias científicas puedan tener, al menos, unos conocimientos científicos básicos.

Pero la configuración del sistema político también es fundamental para promover la participación del público en el proceso de toma de decisiones en materia científica. Generalmente, cuando una cuestión de la agenda gubernamental puede ser decidida sin disensiones graves por la élite política no trasciende a la opinión pública. Así sucede, de hecho, con la mayoría de las cuestiones de política científica. Sin embargo, cuando no es posible el acuerdo, debe existir un público atento en esa área temática, con la capacidad suficiente para comprender el problema y formar opinión. El previsible incremento futuro de las cuestiones científico-técnicas en la agenda política exigirá, por tanto, la existencia de un público capacitado y sensi-

ble ante estos problemas para posibilitar el control democrático de la toma de decisiones.

Con todo, a pesar de la débil implantación de la «alfabetización científica», la mayoría de los ciudadanos occidentales tiene una visión optimista de la ciencia y la tecnología. En general, se asocia el progreso científico con la mejora de la calidad de vida en las últimas décadas. Pero junto a este optimismo convive también una cierta preocupación por las repercusiones negativas que puede tener el uso de la ciencia y por los dilemas éticos que pueden plantear algunas investigaciones en campos sensibles como la genética o la biomedicina.

Esta actitud ambivalente ante la ciencia y la tecnología es particularmente propia de los europeos. Los canadienses y, sobre todo, los estadounidenses se muestran fundamentalmente optimistas. Los americanos, en general, están convencidos de que, a pesar de los potenciales peligros, los nuevos descubrimientos tendrán un impacto netamente positivo sobre su vida cotidiana y, más ampliamente, sobre la sociedad como un todo². En el otro extremo, los japoneses tienen una confianza menor en la tecnología, lo cual debe estar relacionado, sin duda, con el hecho de que sus indicadores de satisfacción vital en diversas áreas son relativamente bajos.

En este contexto, la obra tratada nos ofrece un marco de reflexión muy acertado para entender las repercusio-

² G. Donald FERREE, *American Views on Science and Technology*, The Public Perspective: Roper Center, 1996.

nes de la ciencia y la tecnología sobre las preferencias políticas del público en las sociedades industriales avanzadas. Del mismo modo, nos sitúa ante los retos que se plantearán en el futuro en relación con el control democrático de las políticas científicas. La disparidad de sistemas sociopolíticos y educativos entre unos países y otros hace todavía más valiosos estudios comparativos como el que analizamos. Éste es, precisamente, el espíritu y el talante de esta obra en la que se analizan una amplia variedad de países del mundo desarrollado: la Unión Europea, Estados Unidos, Japón y Canadá. Al servicio de este empeño, los autores han utilizado una metodología comparativa rigurosa y sofisticada, pero que se hace accesible al lector profano a través de los apéndices y de una exposición clara y sencilla.

Los autores hacen un análisis encoiable de las principales cuestiones

de interés en relación con la ciencia y la tecnología, combinando sabiamente la investigación empírica con un excelente marco de reflexión teórica. La obra constituye una aportación de primer orden al estudio de un campo que ha estado falto de las perspectivas sociológicas hasta muy recientemente. La, todavía escasa, bibliografía en castellano sobre la materia se ve así complementada con esta extraordinaria monografía. Queda para los estudiosos el reto de seguir profundizando, en el futuro, en los temas colaterales sobre los que aún carecemos de suficientes elementos de juicio y que aparecen sugeridos al final del libro. Por el momento, el lector interesado en los temas científico-tecnológicos tiene en este estudio una obra de referencia obligada, de cuya lectura disfrutará a buen seguro.

Antonio M. JAIME CASTILLO

FERNANDO REINARES
Terrorismo y antiterrorismo
 (Barcelona, Paidós, 1998)

A pesar de la actualidad del tema que se trata en este libro, no nos hallamos ante una obra oportunista o «del momento». Ello se debe tanto al hecho de que el autor lleva años dedicado al análisis del terrorismo como a que este volumen no encierra un estudio de la situación española sino que va más allá y nos presenta un riguroso análisis del fenómeno en toda su magnitud y, sobre todo, desde un punto de vista

que no queda ni limitado a la mera observación de hechos ni a la perspectiva política habitual. La escasez de estudios de estas características dentro del panorama académico español hace de esta obra un instrumento importante para análisis posteriores.

La diversidad de temas que se tocan señala la intención de hacer un estudio de cara a un público relativamente amplio, no necesariamente especializa-

do; la abundancia de ejemplos tomados de la realidad facilita mucho, en este sentido, la lectura. Por otro lado, cabe decir que esa misma diversidad lleva a que determinados puntos sean tratados de una manera tal vez algo esquemática.

Nos encontramos ante un estudio que desde diversas ópticas explica las características del terrorismo, el porqué de su aparición y desarrollo, su dinámica interna y las condiciones de su declive; la relación existente entre una determinada situación social y este fenómeno «moderno»; el quién y porqué de la militancia en organizaciones terroristas; así como cuáles han sido o deberían ser las respuestas que desde las instituciones legítimas debe recibir la violencia terrorista. La neutralidad con que se tratan los temas no oculta la postura del autor al respecto, siendo posible detectar su actitud en relación a temas tan delicados como el terrorismo promovido desde instituciones estatales o la voluntad de los Estados en el marco de la Unión Europea (UE) de conseguir una cooperación antiterrorista efectiva.

La definición del término terrorismo es francamente difícil de precisar; existen tan diversas posiciones al respecto que esta misma definición ha sido a menudo el primer obstáculo insalvable a la hora de llegar a algún tipo de compromiso o mero entendimiento sobre el tema. Encontramos aquí una definición operativa, basada en una serie de indicadores, que facilita la comprensión del referente tal y como a lo largo de la obra se maneja. Las condiciones objetivas que dan lugar al fenómeno, por lo tanto, no pueden ser consideradas en la tipifica-

ción (aunque sí en el análisis). Es éste un punto importante dado que atraviesa horizontalmente todos los aspectos de la obra, y denota una cierta actitud hacia los valores de los Estados democráticos y de Derecho. De todos modos, no deja de ser una postura que puede dar lugar a discusiones de largo alcance en relación a lo que es terrorismo y a lo que es violencia política de otro cariz.

El terrorismo es político «cuando se utiliza para tratar de afectar la estructura y distribución del poder en el seno de una sociedad dada» (p. 18) y es aquí central aunque el marco analítico del fenómeno, que se hace en relación a los ejes terrorismo insurgente/vigilante y táctico/estratégico, permite situar de forma inicial las diversas formas de terrorismo. En cuanto a la organización terrorista, es estudiada utilizando en muchos casos los instrumentos de análisis de la sociología y la ciencia política.

El terrorismo refleja las fracturas tradicionales de una sociedad (centro/periferia; eje izquierda/derecha) y, sin embargo, no es suficiente la existencia de una fractura de este tipo para explicarlo. A lo largo de las páginas del libro se insiste en el hecho de que la violencia terrorista encuentra en las sociedades avanzadas y democráticas el sustrato idóneo en el que germinar y arraigar. Por lo tanto, la línea directa que lleva de unas determinadas condiciones sociales al terrorismo constituye un buen elemento para conocer más en profundidad el fenómeno. Distingue así el autor la incidencia sobre la probabilidad y posibilidad del terrorismo de las condiciones de la modernidad, el sistema político vigente en una

sociedad o las estructuras estatales. La existencia de una ideología capaz de justificar la violencia como acción política es también importante. Cabe mencionar el hecho de que, en relación a las fracturas sociales que refleja el terrorismo (no única explicación del fenómeno pero sí parte de ella), se echa de menos una referencia al terrorismo surgido de los nuevos elementos de fricción social (ya que no fracturas), como por ejemplo el ecologismo, y a sus posibilidades de desarrollo.

Finalmente, tras las condiciones socioestructurales y estatales sitúa el profesor Reinares los «acontecimientos situacionales», configuraciones concretas de la realidad que en un momento dado dan paso a la violencia terrorista: maneja aquí variables como la inexistencia de una organización política capaz de asumir las demandas de los radicales, la presencia de intelectuales o el paulatino aumento de la agresividad en las demandas. En relación al papel que los intelectuales juegan o pueden jugar en el desarrollo del fenómeno terrorista, cabe añadir que las retóricas que en principio justifican la violencia suelen perderse de vista con el tiempo; lo mismo ocurre a menudo con las justificaciones de carácter religioso.

La conjunción de condiciones, en fin, puede dar lugar al terrorismo y al uso de la violencia que le es característico. Esta violencia tiene, según refleja el análisis, funciones internas (cohesión) y externas al grupo (creación de determinado clima psicológico, político, etc.). El análisis demuestra que la violencia hacia el exterior requiere de una estrategia previa de movilización social así como de cierta capacidad

delictiva en otros ámbitos con el fin de obtener recursos. El grupo terrorista acabaría siendo un fin en sí mismo y la violencia un instrumento utilizado hacia dentro y hacia fuera para conseguir su propia supervivencia. En relación a esto, sería interesante ahondar en el tema de las (escasas) organizaciones que, voluntariamente y con un sentido objetivo de la realidad, han abandonado su lucha: hasta qué punto la decisión se ha visto marcada por factores internos y no por la presión exterior, y por qué factores.

Las condiciones sociales no pueden motivar, sin embargo, una conducta terrorista sin que contribuyan factores personales; por ello presenta la obra un análisis de los individuos que toman parte en este tipo de violencia. Aquí el autor, sin negar de manera absoluta su validez (ni la del enfoque psicológico), parece desconfiar de las teorías que describen en determinadas psicopatías elementos centrales de la explicación; aun así, cabe recordar a F. Alonso Fernández (1986) cuando escribía que *«ni el terrorista subversivo actual (ni el de otros tiempos) puede ser catalogado como un enfermo mental propiamente dicho, pero sí como una personalidad más o menos profundamente anómala»*.

Este estudio se centra, por lo tanto, en los modelos de socialización primaria y secundaria, y define y trata de explicar las características del potencial militante (sexo, edad, clase social, etc.). En relación a los procesos de socialización, el estudio discute diversos determinantes, entre los que el hecho de haber participado con anterioridad en alguna organización política o semipolítica es central.

Dado que la obra trata básicamente el terrorismo político, no podemos olvidar que las motivaciones de tal índole son centrales para entenderlo; según el análisis aquí presentado, éstas no se hallan en estado puro, sino combinadas con razones afectivas, cálculos racionales y motivaciones de «conformidad normativa» (interiorización de una justificación o entorno cultural regulador de la violencia). Los potenciales militantes, con sus motivaciones de diversa índole, son reclutados a través de redes sociales («contexto de micromovilización») y permanecen en la organización por razones variadas (ideológicas, afectivas, basadas en incentivos) y probablemente simultáneas. Finalmente, la dificultad de la salida de la organización se explica en términos de sanciones (internas y externas), así como de la subjetividad que sufre el militante.

El capítulo cuarto del libro expone las respuestas que desde las instituciones competentes en cada Estado se dan a la amenaza que plantea el terrorismo. Se toma aquí una actitud bastante crítica con alguna de ellas y un claro rechazo ante aquellas respuestas que abandonan el marco legal que debe regirlas y, sobre todo, el marco ético y moral que caracteriza (o debería caracterizar) a una sociedad democrática de Derecho. De todos modos, no nos encontramos con una postura inflexible en todos los frentes, puesto que se comprende la gravedad del problema planteado a los Estados, así como la necesidad en determinados casos de llevar a cabo modificaciones constitucionales para plantar cara al terrorismo. También la desesperación que en ciertos momentos pueden sen-

tir los responsables de la seguridad del Estado puede comprenderse, pero precisamente esa responsabilidad es la que más obliga a mantener una postura firme y ética en las respuestas que se planean.

El autor organiza esas posibles respuestas en tres claros frentes: respuestas políticas, judiciales y policiales. Con ello se cubre todo el espacio institucional; cabe decir, por cierto, que el papel de las sociedades afectadas, en términos de la respuesta que pueden dar al terrorismo, no ocupa parte singular de la obra. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, el potencial e importancia que reviste.

En el primer ámbito institucional se presta especial atención al dilema de si la negociación con un grupo terrorista por parte de las autoridades políticas es eficaz o buena. Para el profesor Reinares, una negociación de ese tipo rompe todos los presupuestos del Estado de Derecho y, por otro lado, puede resultar contraproducente. Por ello aboga por una postura inflexible y sin concesiones. Sí cree, sin embargo, en la posible bondad de «contactos exploratorios» con los terroristas. Ciertas consideraciones morales, lo perentorio de la necesidad de llegar a una solución, así como la existencia de opiniones favorables a la negociación, deberían, tal vez, dar lugar a un más intenso análisis de las opciones en este estudio. La incidencia del pluralismo, de una situación económica aceptable, de la legitimidad del gobierno, de la diferencia en el potencial coercitivo, son elementos facilitadores de una solución dialogada y, por lo tanto, requieren mayor atención.

Plenamente democráticas y útiles son, en cambio, para el autor, una buena campaña informativa (de cara a otras naciones y a la propia sociedad afectada) y las políticas de reinserción social, que minan, al tiempo, la cohesión interna de la organización (la dispersión de militantes presos en especial). En relación a la educación cívica, sería interesante profundizar en el concepto de «antiterrorismo pedagógico», que, para determinados tipos de terrorismo, constituye la medida más necesaria pues ataca el problema desde su raíz y con una visión de futuro imprescindible.

Las medidas jurídicas se estudian desde la doble óptica de los tribunales especiales y las legislaciones antiterroristas: ambas con problemas y, sobre todo las segundas, con un muy posible déficit democrático grave. Ahora bien, el autor cree que estas últimas son en ciertos casos imprescindibles y que es posible establecerlas dentro de lo legal y democrático; el problema residiría, por lo tanto, en encontrar una combinación adecuada que permitiera la eficacia en la justicia y la legalidad en el trato; se trata de buscar la fórmula de la legislación flexible, clara y democrática. Por otro lado, se plantea en esta obra el hecho de que las medidas jurídicas se encuentran a menudo con el problema que les plantean medidas de otro tipo: las policiales. El que las instancias que llevan a cabo unas y otras sean diversas, así como el hecho de que los criterios con los que se establecen suelen ser distintos, plantea un serio problema a la eficacia de todas ellas. El profesor Reinares considera que las respuestas policiales, por su parte, sufren constreñimientos de

diverso tipo (organizativos, políticos, legales, sociales). Se presta aquí especial atención al tema de la coordinación de las diversas agencias, ya que el trato adecuado y centralizado de la información, la inteligencia, es para las medidas antiterroristas policiales de vital importancia. Especial hincapié se hace en el riesgo que una acción desmesurada, debida a la carencia de una información adecuada, puede suponer. De nuevo abandona el autor el análisis centrado de las medidas para recordar que tal riesgo debe y puede evitarse (no así cuando esa desmesura responde a una decisión política consciente), ya que, entre otras faltas, da lugar a un mayor apoyo a las organizaciones terroristas, así como a una deslegitimación de las instituciones. A pesar de todo ello, la obra no evita mencionar el hecho de que en las sociedades democráticas se ha avanzado en la aplicación de medidas correctas y eficaces (que, por otro lado, deberán ser revisadas ante los cambios operados en el propio terrorismo).

La cooperación internacional es, para el autor, el esencial complemento a cualquier estrategia interior. Encontramos aquí un muy interesante análisis de los cambios sufridos por las organizaciones terroristas, cambios que se han dado conforme a la nueva situación internacional y el desarrollo de determinadas tecnologías: básicamente, se remarca la idea de que son ahora de carácter transnacional y gozan de vínculos y medios excepcionales. La respuesta internacional ante esta nueva situación no ha sido, desde el punto de vista de la obra, todo lo eficaz que podía, y esto se debe a problemas tan difícilmente salvables como

la existencia de diferentes percepciones de lo que es terrorismo, los diversos intereses nacionales, las diferencias en la organización de las agencias de seguridad, etc. Así, las respuestas hasta hoy conocidas han revestido o bien un carácter militar unilateral (acciones que, para el autor, presentan problemas legal, ética y técnicamente) o bien la forma de acuerdos bi o multilaterales. Los primeros son considerados bastante efectivos, si bien no pueden paliar la necesidad de una cooperación de mayor ámbito. Los acuerdos multilaterales sectoriales, cuya parcialidad hace más fácil el acuerdo, evidencian cierto progreso, aunque sus limitaciones son todavía muchas. En el marco de la UE, las diversas iniciativas que han abierto nuevas vías de cooperación en temas como el terrorismo (Grupo Trevi, Schengen, Tercer Pilar de la UE) no paliar cierto escepticismo en estas páginas en relación a las posibilidades a corto plazo de un desarrollo importante del potencial cooperador de ese marco. La desconfianza que todavía existe entre Estados, las diferencias en concepciones y prioridades, los intereses nacionales y la voluntad de retener soberanía serían así elementos importantes que obstaculizarían el camino. No puede olvidarse, de todos modos, que el estudio ante el que nos hallamos trata exclusivamente

del terrorismo. La especificidad que reviste esta forma de crimen en relación a otras, las dificultades de tipo legal y político que supone dan pie, desde luego, a cierto desencanto con las posibilidades de cooperación en el ámbito de la UE, pero no debe caerse en generalizaciones: convendría señalar el hecho de que esta cooperación puede ir, y de hecho va, más allá en otros campos.

Ese escepticismo con respecto al uso del potencial que encierra la cooperación internacional se mezcla en las últimas páginas de la obra con una visión francamente poco optimista acerca del futuro (visión más o menos compartida por la mayoría de los estudiosos del tema). Las tendencias y nuevos rasgos del terrorismo (transnacionalización; incremento de la letalidad; incremento de las motivaciones religiosas, con el desenfreno que pueden suponer; modificaciones organizativas que hacen más difícil su detección; el resurgimiento del terrorismo racista y el posible incremento del étnico, etc.) señalan hacia un futuro en el que el terrorismo cambiará de ámbitos, cambiará de medios, pero no desaparecerá. Y sobre todo ello planea la posibilidad del uso de armas químicas, bacteriológicas e incluso nucleares.

Laila MORENO MAILLO

JESÚS CASQUETTE
Política, cultura y movimientos sociales
 (Bilbao, Bakeaz, 1998)

1. *A modo de introducción*

Tras años de controversia académica —más ideológica que estrictamente científica— tanto en la interpretación del fenómeno de los movimientos sociales contemporáneos como en el juicio de valor de su significación en la esfera política práctica, las reflexiones teóricas y los estudios empíricos recientes han comenzado a neutralizar algunos de los lastres metodológicos y conceptuales generados en esta polémica mediante la constitución *de facto* de un entramado de diferentes escuelas de investigación especializadas cuya producción mutuamente se enriquece y potencia.

Precisamente en esta reorientación hacia un diálogo efectivo entre paradigmas, las ciencias sociales de nuestro país deben estar muy agradecidas al esfuerzo realizado por el politólogo Jesús Casquette* en *Política, cultura y movimientos sociales*, su tesis doctoral. Un libro donde nos presenta de modo creativo y sintético un estudio sobre las aportaciones fundamentales de los diversos enfoques analíticos al debate científico existente sobre los movimientos sociales: un debate apasionante, sobre una histórica y cambiante forma de acción colectiva, que ha experimentado en las últimas décadas del siglo XX un verdadero

impulso internacional en su desarrollo y especialización, hasta el punto de constatarse la existencia de una autónoma y compleja red académica de investigaciones y reflexiones *ad hoc* en el seno de las ciencias sociales y de la Historia.

No obstante, al mismo tiempo que una guía panorámica —en clave epistemológica y metodológica— del estado de la cuestión, aclarada con remisiones constantes a diferentes experiencias movimentistas europeas y estadounidenses (ecologistas, pacifistas, feministas, estudiantiles, pro derechos civiles, etc.), el libro es tanto una crítica acerada a las literaturas sociológicas e historiográficas elaboradas en función de un interés premeditado por hacer operativos paradigmas totalistas, como una participación comprometida con la polémica acerca de las posibilidades de construir espacios de colaboración *en positivo* entre las diferentes lecturas para el análisis de los movimientos sociales.

De este modo, en el desarrollo argumentativo del texto se articulan con rigor la exposición de una diagnosis sistemática y concienzuda del fenómeno de los movimientos sociales con la formulación de una prognosis teórica reflexiva y sugerente para la investigación empírica. Por lo tanto, la obra en su conjunto no carece de coherencia interna e interés para los/as investigadores/as, y sus conclusiones, desde luego, están a la altura del proyecto al analizarse en

* Jesús Casquette es profesor de Historia del Pensamiento Político y de los Movimientos Sociales en la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV-EHU).

cada uno de los bloques temáticos que vertebran el texto aquellas cuestiones ineludibles en el estudio de los movimientos sociales, tanto en sus transformaciones sociohistóricas como en las acaecidas en las formas académicas de producirlo como tema (cultural) de investigación.

Desde un principio, Casquette nos deja muy claro la defensa —desde un punto de vista pragmático— de un cierto eclecticismo metodológico para el estudio de los movimientos sociales, basado en la agregación de los resultados positivos que cada uno de los marcos teóricos pudiera aportar, de tal forma que: *a)* se pudieran trascender las limitaciones intrínsecas de las metodologías de las que se dispone actualmente en las ciencias sociales y en la Historia académica, y *b)* se neutralizaran las unilateralidades teóricas que suelen acarrear consecuencias perniciosas para la práctica investigadora.

Un proyecto de investigaciones pertinente, desde luego, en cuanto defensa de un diálogo sano entre paradigmas que no pasaría por la síntesis apromblemática de los enfoques —hecho que, a juicio del autor, está epistemológicamente «abocado al fracaso»—, sino, antes bien, por la constatación de la existencia de espacios o «territorios de entendimiento» (véanse la racionalidad de la acción colectiva, los efectos de los movimientos sociales en las diferentes *arenas* de conflicto, y los recursos —culturales, políticos, etc.— de que disponen los actores colectivos) que propiciarían un marco de lugares comunes de referencia para el avance cuantitativo y cualitativo en el estudio de la acción

colectiva en general, y de los movimientos sociales en particular.

2. *Diagnosis: la imposibilidad de la síntesis*

La estructura del texto responde centralmente a la preocupación de Casquette por cuestiones de índole conceptual y metodológica. En la parte introductoria se define el marco de análisis que esgrime el autor para facilitar la comprensión empírica de las acciones de los movimientos sociales contemporáneos. En este sentido, Casquette formula un concepto de movimiento social que absorbe los rasgos caracterizadores que han atribuido comúnmente a los movimientos sociales las múltiples definiciones ofrecidas por los/as estudiosos/as (véase como enumeración de sus características: un sentido desarrollado de la identidad colectiva, una heterogeneidad interna en ideologías y estrategias, la persecución de bienes colectivos, pautas organizativas poco formalizadas, el uso prevaleciente de formas convencionales de participación, intervención deliberada en el proceso de cambio social, las expresiones de la disidencia política y cultural, y una cierta continuidad en el tiempo). Esta delimitación de un concepto operativo de movimiento social se construye a partir de la validez del binomio Estado/sociedad civil, ubicando los movimientos sociales en el seno de la sociedad civil, y caracterizándoles por desarrollar una «estrategia dualista» consistente en la orientación de sus demandas hacia las autoridades estatales (la

estructura política) y hacia la sociedad civil (la dimensión sociocultural).

Ciertamente, se trata del problema de la definición del objeto de estudio (M. Pérez Ledesma): el interés de Casquette por desplegar una definición analítica del concepto «movimiento social» se revela como una búsqueda consciente por evitar la extensión del mismo (un concepto cuanta más extensión explique, menos comprensión contiene) y su mero tratamiento como «generalización empírica» (A. Melucci). Una pretensión que, más que fijar proposiciones definitivas, sugiere vías de acercamiento a un objeto de estudio pertrechadas de un utillaje analítico más sofisticado y operativo, ubicado en la comprensión de las diferentes dimensiones de la acción colectiva (instrumental/expresiva, institucional/no institucional) y la necesaria articulación de éstas en las esferas del proceso social (socioestructural/cognitiva y moral).

Una vez delimitado su marco conceptual, en la primera parte del libro, Casquette hace un somero repaso histórico de las propuestas fundamentales de las variadas aproximaciones al estudio de los movimientos sociales, agrupando al efecto los diferentes enfoques analíticos existentes en tres modelos teóricos generales *estándar*. A saber, los que denomina *Enfoques Clásicos*, la *Teoría de la Movilización de Recursos* y el proyecto de los *Nuevos Movimientos Sociales*. En los capítulos que componen esta primera parte, la labor de abordaje de las premisas conceptuales y de las narrativas argumentales de cada modelo teórico, así como de sus diversas escuelas, se compagina con una valoración —en

clave crítica— tanto de las «inadecuaciones» de cada uno de estos modelos como de sus «aportaciones» al progreso de la investigación.

Precisamente, en esta labor se hace más que evidente lo que, a mi juicio, es una de las virtudes de la introducción elaborada por Casquette, en el sentido de activar de principio a fin del texto la idea-fuerza de que toda teorización emerge en coyunturas determinadas y que, por lo tanto, sólo debe ser interpretada en función de esos contextos históricos. Esto hace, con certeza, que su actitud sea más ecuánime en la valoración de las conclusiones —en cuanto aportaciones y/o inadecuaciones— de cada dispositivo teórico, en las posibilidades de convergencia entre paradigmas y, de modo muy significativo, en las posibilidades de hacer explícita la conexión entre la labor científica y sus vinculaciones en la praxis política.

De este modo, no es preciso hacer un esfuerzo especial para reconocer que las tesis de G. Tarde, G. LeBon o S. Sighele sobre las masas estaban muy influidas por una concepción reaccionaria sobre las relaciones sociales; o cómo las orientaciones de los movimientos de la *ola* del 68 (I. Wallerstein), bien como desafíos directos *en negativo* a las democracias representativas, bien como amenazas *en positivo* al sistema burgués-capitalista, respondían a interpretaciones en clave neoconservadora o neoizquierdista, respectivamente.

Bajo el epígrafe ya mencionado *supra* de Enfoques Clásicos, Casquette reúne al conjunto de los primeros intentos explicativos de la movilización social; en concreto, a la teoría del com-

portamiento colectivo —tanto en su variante psicosocial (Park, Burgess, Blumer, Turner) como en la estructural-funcionalista (Smelser)—, a la teoría de la sociedad de masas (Ortega y Gasset, Arendt, Kornhauser) y a la teoría de la privación relativa (Davies, Huntington, Gurr). Todas caracterizadas, a pesar de las diferencias de matiz entre sí, por «ofrecer una secuencia causal en la emergencia de los movimientos sociales»: a partir de las tensiones «estructurales» generadas por un cambio social brusco (urbanización, industrialización, modernización, catástrofes económicas, etc.) se verían afectados negativamente los marcos psicológicos —cognitivos y valorativos— de los individuos, lo que daría lugar a sentimientos de desarraigo, anomia, privación relativa, aislamiento y descontento. De este modo, la participación en los movimientos sociales se caracterizó como un suceso explosivo, infrecuente, extrainstitucional y anti-conventional (J. Álvarez Junco), con un cariz esencialmente irracional, y llevada a cabo por individuos caracterizados por la no integración en las múltiples redes sociales.

Pero, parafraseando a E. Mandel al analizar el fenómeno del fascismo, la historia de los movimientos sociales es también la historia del análisis teórico de los mismos: la aparición en escena de los movimientos sociales de las décadas de los años sesenta y setenta (estudiantiles, feministas, pro derechos civiles, solidarios, etc.) venía a desmentir las tentativas de interpretación que pretendían hacer estas teorías clásicas «volcánicas» (R. Aya) de la acción colectiva, y a evidenciar las insuficiencias de estos marcos con-

ceptuales al uso (racionalidad de la acción colectiva, actores integrados socialmente, frecuencia de la movilización). Las respuestas a este déficit del paradigma clásico radicaron en las alternativas ofrecidas por ese agregado de aportaciones de investigadores/as individuales que se conoce como la teoría de la movilización de recursos (TMR) y, por otro lado, la respuesta de la teoría de los nuevos movimientos sociales, o de las identidades colectivas (NMS).

La TMR se conforma en el análisis de Casquette como una forma de agrupar los aspectos asumidos por distintas aproximaciones científicas al fenómeno de los movimientos sociales —el enfoque organizativo (Zald, McCarthy) y el enfoque del proceso político (Tilly, Tarrow, Gamson, Kriesi)— que se presentaron desde la academia sociológica e historiográfica de Estados Unidos como una forma de «ver» distinta a la sugerida por los modelos clásicos. Frente a la irracionalidad de la acción y la focalización en el «individuo anómico» como sujeto de la acción, que quedan relegados del análisis, el nuevo punto de vista observará la acción colectiva en términos: *a*) de acción racional coste-beneficio —es decir, subrayando la similitud con las formas políticas hasta entonces consideradas «normales» o convencionales—, y *b*) la preponderancia del sujeto de acción «organización», respectivamente. La aportación de vocabulario de este paradigma ha sido definitiva: lo central del análisis pasa a ser la racionalidad instrumental, los ciclos de protesta, las redes organizativas, las estructuras de oportunidad política

para la acción, los repertorios de acción, la movilización de recursos, las estrategias actorales, etc.

Sin embargo, desde la otra orilla del Atlántico las insuficiencias del modelo clásico recibieron una respuesta cualitativamente distinta a la estadounidense: una respuesta estrechamente unida —también en lo político— a la emergencia de los movimientos específicos de las sociedades europeas de los años sesenta. Como señala Casquette, uno de los temas más controvertidos en esta *industria académica* que es el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales ha sido la diferenciación entre «viejos» y «nuevos» movimientos sociales difundida por los defensores del enfoque de los NMS: éstos —Offe, Dalton, Gusfield, Melucci, Touraine (estos dos últimos a los que dedica Casquette sendos apartados específicos)— trazan una línea que segrega entre lo que consideran «nuevos» movimientos sociales (*el ecologista, el pacifista, el feminista, etc.*) a los que otorgarían un *status* teórico específico, como un objeto de estudio distinto a los «viejos» (básicamente el Movimiento Obrero). Esta distinción se vincularía a un cambio social en el nivel estructural, en particular al tránsito hacia modelos de sociedades occidentales *post* (-modernas, -industriales, -capitalistas, etc.), donde los «viejos» movimientos entrarían en decadencia —véase institucionalización y desmovilización (L. Mees)— y donde los «nuevos» vendrían a reconocerse como los retomadores de una intencionalidad antisistema. Con todo, la aportación fundamental de esta escuela plural sería la importan-

cia concedida al «campo psicosocial» en el análisis (R. Cruz), profundizando en la cuestión del proceso de construcción de las identidades colectivas y, por lo tanto, en factores simbólicos y cognitivos.

A juicio de Casquette, estos paradigmas han ubicado el debate académico en sus parámetros actuales y han aportado unas herramientas conceptuales de acercamiento al fenómeno que constituyen en su disputa la polémica de nuestros días. Tal y como se constató *ut supra*, los disensos fundamentales entre ambas respuestas son explicados por Casquette en base a razones contextuales; esto es, por la identificación de las diferentes pautas políticas, sociales, culturales de las realidades movimientistas estadounidense (caso TMR) y europea (caso NMS).

Unas diferencias manifestadas en el énfasis «estructural» del enfoque NMS frente al hincapié «microsociológico» de la TMR; a su vez, reflejadas en diferentes prácticas investigadoras, en el sentido de más generalistas en el primero frente a las más empiristas del segundo. En definitiva, estas diferencias contextuales, epistemológicas y procedimentales vendrían a sustentar la primera tesis de base del texto: la imposibilidad de fabricar un paradigma sintetizador y omnicomprensivo aplicable indistintamente a contextos geopolíticos y geoculturales distintos.

3. *Prognosis: la posibilidad de los territorios de entendimiento*

E pur si muove! La conciencia generalizada entre los/as estudiosos/as de las limitaciones que implica acotar el

proyecto de investigación en un enfoque u otro, ha promovido a éstos/as a esforzarse por formular propuestas que combinasen en su seno lo mejor de las aportaciones de cada modelo.

Para Casquette, estas propuestas han demostrado ser, y son, irrealizables porque «la naturaleza del conflicto que tiene a los movimientos sociales como portadores es radicalmente distinta en ambos modelos»: desde la TMR se ha observado a los movimientos sociales como expresiones de conflictos de intereses en términos distributivos, frente a la lectura de los NMS, que los ha observado como «actores» que intervienen en el cambio social como expresiones de conflictos simbólicos (cognitivos: bien alternativas *anti-statu quo*, bien propugnadores de espacios identitarios propios).

Esta tesis nos explica la reflexión que a continuación hace el autor en la segunda parte del texto en cuanto defensa de su segunda tesis fundamental: la existencia de «territorios de entendimiento» entre paradigmas donde la toma de conciencia de los/as investigadores/as de la necesidad de dialogar constructivamente podría materializarse en las prácticas empíricas de investigación. Al efecto, Casquette selecciona para analizar tres espacios con el fin de ejemplificar la factibilidad de un diálogo y colaboración entre los enfoques. Ésta es su propuesta.

Estos *loci* comunes serían: *a)* una consideración de los actores colectivos como agentes racionales; concepción alejada del extremismo economista-utilitarista de la acción racional individual *à la* Olson —que propen-

de a la generalización totalista—; *b)* también, la importancia de disponer de recursos para la acción (materiales e ideacionales: dinero, tiempo, ideologías, símbolos, marcos de referencia, etc.), y *c)* la consideración de la importancia de los efectos o impactos de los movimientos en la sociedad civil y en las instituciones estatales.

No obstante, a mi juicio, se hace necesario constatar que si bien la preocupación de Casquette por perfilar definiciones analíticas que sirvan, por un lado, para acotar con precisión el área de estudio y, por otro lado, para delimitar claramente las pretensiones de potencialidad explicativa de los conceptos es tan positiva como necesaria, el presupuesto del que parte a la hora de ubicar los movimientos sociales en el seno de la sociedad civil no tiene la amplitud necesaria para tener en cuenta los nuevos dilemas planteados a la acción colectiva por procesos sociales tales como la emergencia de una estructura de oportunidades políticas para la movilización en el marco supraestatal de la Unión Europea (S. Tarrow). Unos procesos donde se pone de manifiesto la pérdida de efectividad en la investigación del binomio Estado/sociedad civil, independientemente de las definiciones analíticas precisas que ofrezca el autor. En este sentido, parece más plausible (re)plantearse incluso la utilidad de la dicotomía misma.

Las dificultades metodológicas para implementar este proyecto ecléctico de Casquette —acudir al marco teórico más idóneo según las dimensiones (simbólicas e identitarias y/o estructurales y procedimentales) en las que interese hacer hincapié— son obvias. Pero no parece que exista otra forma de

avanzar en el estudio de los movimientos sociales en un momento de quiebra de las visiones idílicas sobre los mismos (E. Lاراña): examinar los posibles ámbitos de colaboración interparadigmática. Aun a costa de no ser más que un reflejo, en el plano científico, de la vieja utopía ilustrada que señalaba que el progreso de las sociedades se alcanzaba con la competencia de las ideas, con el diálogo racional de las opiniones e intereses contrapuestos.

4. *A modo de exoducción*

Ciertamente, las dificultades para conseguir una síntesis teórica —imposibilidad, como demuestra Casquette en el texto— obligan a dar pasos a favor de metas mucho más modestas y

plausibles, y por ello más fructíferas, basadas en la reivindicación de un pluralismo metodológico en constante diálogo constructivo, que posibilite que el análisis de los movimientos sociales se convierta en una anhelada «*common and fruitful enterprise*» (Ch. Tilly). Y Casquette, desde luego, ha demostrado estar positivamente en esta línea de trabajo que trata de convertir la necesidad en virtud, evitando las estériles disputas teóricas y las ensoñaciones de un único paradigma sintético-totalista; pero sin sacrificar el punto de vista *holista* del análisis.

Este libro, con seguridad, ayudará a investigadores/as, así como a estudiantes interesados/as en la temática, a encaminarse en la dirección adecuada.

Fco.-Manuel PALOMA GONZÁLEZ

JOAN FRIGOLÉ

Un hombre. Género, clase y cultura en el relato de un trabajador (Barcelona, Muchnik Editores, 1998)

En este libro, Joan Frigolé propone a través de un relato de vida un acercamiento a los ideales y valores que han dado coherencia a una trayectoria vital. La narración, construida a partir de las entrevistas con Juan, un trabajador murciano, pretende restituir la génesis sociohistórica de una identidad personal, revelando las experiencias, momentos y ámbitos en que dicha identidad se ha constituido, no sin dificultad, a lo largo del tiempo.

El tema dominante del relato, y de la trayectoria identitaria que éste des-

cubre, es el de «ser hombre», que se refiere, en primer lugar, a la noción de masculinidad que en buena medida integra el texto autobiográfico. Es una noción centrada en la función de «padre» y vinculada también a una concepción específica del trabajo. «Hombre», «padre», «trabajador» son conceptos que aparecen trabados, a veces conflictivamente, en un discurso que no es el producto de una reflexión teórica, sino el de una especie de balance práctico, político y moral del pasado. Efectivamente, el relato man-

tiene una definición ética y política («socialista»), y manifiesta la afirmación de aquella identidad en situaciones vividas que han puesto a prueba valores como la honradez, la justicia, la solidaridad o la dignidad del trabajador. Trata de dar cuenta de los problemas y de los espacios que ha encontrado el sujeto para afirmarse como tal. «El tema básico que da unidad y coherencia al relato es qué significaba ser hombre en la condición social que le tocó vivir, cuáles son los límites, los dilemas y los peligros que encuentra en la afirmación de determinada concepción del hombre, qué facilidades y dificultades ha tenido» (p. 15). Es el relato de un hombre, pero pretende ser también, a través de los comentarios que Frigolé introduce bajo el texto, una ventana hacia la trayectoria de una clase social en momentos cruciales de la historia española, desde principios de siglo hasta el franquismo (las entrevistas están hechas a principios de los años setenta).

El valor de un relato autobiográfico como éste reside, en principio, en su presentación sintética (la posibilidad de un acercamiento por lo singular a la historia y las estructuras sociales y culturales; la posibilidad de un tratamiento en profundidad de modos de subjetivación en cuadros históricos y socioculturales determinados). Pero parece que es la producción, textual y extratextual, de aquella integración el movimiento que realmente importa. Habrá que analizarlo, pues, como el producto de una dinámica compleja en donde se entrecruzan diferentes dialécticas: de lo estructural y la experiencia personal, de lo discursivo y la realidad exterior al discurso, del pasa-

do y el presente (presente abierto a un porvenir). Frente a la tendencia unificadora, activa en todo discurso autobiográfico, es posible advertir tensiones que determinan también sus formas características. El análisis de los discursos autobiográficos no puede dejar de abordar problemas generados en aquellos tres ejes de reflexión, que constituyen buena parte de su potencialidad teórica. De alguna manera, contempla con cierta distancia y contribuye a desarticular, o al menos a replantear una y otra vez, la síntesis. Al actuar así, no hace sino seguir líneas de diferenciación internas al discurso que se analiza.

Esta problematización tiene que ver con el género de preguntas que Bourdieu hace al uso de relatos o historias de vida, biografías y autobiografías en ciencias sociales. Lo que este autor llama la «ilusión biográfica» (concepto que, paradójicamente, había utilizado antes de él Sartre) se advierte muy bien en dos procedimientos que en diferentes momentos lleva a cabo Frigolé. El primero se refiere a la relación entre relato y trayectoria histórica. El deslizamiento de la historia narrada hacia la trayectoria del sujeto, que lleva a considerar ésta como una historia, es un error repetido en quienes hacemos uso de discursos autobiográficos en nuestras investigaciones. Se habla, entonces, de la vida como un proceso con un sentido o intención que la marca o determina en (o desde) un instante histórico. Por supuesto, hay que ir más allá del carácter aparentemente obvio de estos enunciados, para no hacer irrelevante la «vigilancia epistemológica» de que se trata: aquellos deslizamientos son

parte de esos errores que todos los científicos sociales hemos aprendido a no cometer, y que resultan innecesarios cuando se presentan en forma de recomendación, pero que con desconcertante insistencia seguimos cometiendo.

En gran medida, Frigolé está dando por supuesto que la identidad que forja el discurso es producto de una trayectoria pasada, pero que ésta es accesible a través del discurso, como si se hubiera producido en el pasado de la misma manera y con las mismas condiciones que ahora está reproduciendo el relato. La «ilusión biográfica» lleva a trasladar, de formas más o menos subrepticias, el sentido del discurso a las prácticas y estrategias preteritas, dando por hecho que el modo como se formó una decisión (o el hecho de que hubiera efectivamente una decisión) se refleja bien en el modo de relatarla. Ciertamente, el discurso que recuerda puede proporcionar datos sobre la acción pasada, pero no aporta de la misma manera el sentido que tuvieron y produjeron las acciones pasadas (aunque les da sentido). Y, sin embargo, en circunstancias en que carecemos de otros elementos para reconstruir las trayectorias de los agentes y los significados que en cada momento se ven involucrados, solicitamos, a menudo inconscientemente, al discurso producido por las entrevistas datos que no puede proporcionar.

Partiendo de un planteamiento como el del autor (acceder a la génesis de una identidad en diversidad de contextos a través de un relato) se hace imprescindible evitar el deslizamiento mencionado. Sería preciso ubicar con claridad el lugar de pro-

ducción de esa identidad, así como la naturaleza de su trayectoria (¿es una trayectoria histórica objetiva o es una ficción?), la consistencia, por tanto, de la coherencia, ideales y valores de que se trata (¿es una coherencia inmanente a la trayectoria vital del sujeto o es una coherencia *a posteriori*?). No es evidente que el mero orden cronológico nos acerque al «orden vital», como mantiene Frigolé (p. 21). Habría que plantear si el orden cronológico impuesto a un relato que por sí mismo presenta otra estructura, destaca realmente una trayectoria y, sobre todo, si permite restablecer o esclarecer la génesis sociohistórica de una identidad que se supone expresada en ese relato. Es habitual en muchos discursos autobiográficos la presentación de un cambio vital, que sin duda debió ser largo, difícil, producto de estrategias y azares diversos, como si hubiera sido el fruto de una decisión rápida y aporoblemática que el discurso ubica seleccionando una escena central (a veces una frase del sujeto) en la que se habría planteado y resuelto todo.

El relato que nos ofrece Frigolé presenta, por ejemplo, una trayectoria laboral compleja, en la que se alternan o se solapan diversas actividades y situaciones: mozo, jornalero, espartero, peón de la construcción, guarda de huerta, guardia municipal, empleado de cine... Los cambios que jalonan la historia tienen condicionantes y consecuencias de diverso tipo, plantearon problemas específicos al protagonista y a otros agentes (padre, madre, esposa, hijos, compañeros, amigos...). El discurso resuelve, sin embargo, reiterativamente la com-

plejidad que se adivina en los eventos narrados con la afirmación de una identidad y de un espíritu de iniciativa. Son muchas las historias narradas por Juan (desde la que se refiere a su padre y su decisión de no ir a trabajar a Brasil, hasta su propia decisión de abandonar el trabajo de mozo a los dieciséis años y regresar a casa, o de marchar a la guerra, o de provocar el despido de las tierras por no llevar el aguinaldo a los propietarios) en las que se aprecia con facilidad el desfase entre la rapidez y resolución del acto relatado, y el conjunto de problemas que cada una de esas decisiones debió generar. En general, tras su paso a la condición de «hombre», el relato presenta a Juan como aquel que lleva las riendas del grupo doméstico, que toma las iniciativas. Ahora bien, todo esto, que tiene mucho sentido y produce retóricamente identidad personal, no ayuda por sí solo, se ordene como se ordene, a restablecer la complejidad de la trayectoria y de las diversas situaciones históricas por las que se ha atravesado.

Trasladar a la descripción y análisis de las trayectorias de los agentes las características de un relato autobiográfico supone (y depende de) otro procedimiento previo, que es la totalización de una autobiografía a partir de lo que es (son) discurso(s) autobiográfico(s). La producción de un texto unitario a partir (y a la contra) de la heterogeneidad de los discursos plantea problemas específicos.

Ante todo, la fabricación de una autobiografía consiste en un ordenamiento del material discursivo y en elipsis de las intervenciones del investigador, que (especialmente cuando

dejan de señalarse) pueden sesgar sin control el texto y su análisis. Ya la sola búsqueda de un texto unitario y coherente implica invitar al sujeto, cuando es entrevistado, a activar determinadas disposiciones autorreflexivas y ordenadoras, propias de lo que sería una intención autobiográfica. Estas disposiciones están relacionadas con la imagen cambiante del entrevistador que se hace el sujeto, y el tipo de diálogo que se establece. La situación de entrevista da lugar a estrategias momentáneas que conforman el contenido del discurso, porque reubican al sujeto que lo emite respecto del lugar cambiante de quien entrevista. Así, no pueden tomarse las características del discurso político de Juan sin advertir la complicidad ideológica que parece haberse reforzado a lo largo de la relación de entrevista (en ocasiones, se trata con toda claridad de un discurso dirigido a un compañero), y que influye, sin duda, en los contenidos de aquél. Asimismo, el recurso tan frecuente al «progreso», al «avance» o al «atraso» de los tiempos, que es un eje discursivo central, hace patente en su desarrollo la presencia de una persona a quien se supone un saber, una noción del progreso moral y social, y ante la cual el sujeto ejerce una especie de mirada autocrítica, no exenta de vergüenza, sobre el pasado personal y colectivo.

Pero aún más importante es que el enfoque sobre el texto en detrimento de los discursos heterogéneos parece estar determinando, en el campo de uso de autobiografías en ciencias sociales, una atención predominante a la función narrativa —con los supuestos sobre la historia y el tiempo

que a ello van asociados— y una identificación, incluso, entre construcción discursiva y construcción narrativa del yo.

Evidentemente, un discurso autobiográfico consiste, entre otras cosas, en narraciones. De ello, y por relevantes que puedan ser dichas narraciones, no se sigue la necesidad de hacer de lo narrativo la función dominante del mismo. Como todo discurso, el que recuerda y relaciona autobiográficamente pasado, presente y futuro ofrece una dispersión que mina desde el interior la unidad y coherencia de un relato. La reapropiación del pasado se da con frecuencia en formas que difícilmente se adecúan a las «grandes narrativas» de las tipologías al uso («progresivas», «regresivas», «estables», «tragedias», «sagas», etc.). El texto se deshoja en subtextos que atraviesan cualquier narrativa sobre sí mismo dislocando una noción total de identidad. En suma, si algo se aprecia con claridad en los discursos autobiográficos, especialmente en los orales, es un cuestionamiento en acción de cualquier «pacto autobiográfico» y, desde luego, de la presencia de una única voz (un yo, una identidad) detrás del relato. Como la polifonía de la novela, en Bajtin, o de la enunciación, en Ducrot, estos discursos autobiográficos son voces que rompen dialógicamente las intenciones globalizadoras.

Por supuesto, lo importante para el científico social no está tanto en la deconstrucción en sí misma, sino en la posibilidad de entender silencios, elipsis, repeticiones, insistencias, obsesiones, resistencias, paradojas, márgenes, subtextos, paréntesis, vo-

ces, citas, etc., como expresiones de situaciones (o falta de situación) sociales, caracterizadas por su labilidad, por sus contradicciones, por los dobles vínculos, filiaciones y fidelidades, por la ambigüedad en suma.

De ahí que tenga más importancia, en ocasiones, ver el discurso autobiográfico como un aparato retórico o argumentativo destinado a la persuasión, a la discusión, a la justificación, a la delimitación práctica, a la revisión o a la crítica de situaciones, acciones y personas, de uno mismo, etc. Algo de esto revela Frigolé, cuando subraya desde el principio que, en esta autobiografía, «ser hombre» no es el producto de una reflexión abstracta, sino de respuestas morales y políticas (pp. 14-15). Este carácter argumentativo-práctico del discurso es muy evidente —y así lo señala Frigolé— en el modo como Juan discute y justifica determinados robos, las contradicciones entre el valor de la honradez y el papel del padre que ha de alimentar a sus hijos, etc. Pero estas contradicciones no dejan de plantearse como la dialéctica hacia una síntesis identitaria, en lugar de ver un ejemplo de la tensión propiamente autobiográfica (propia de toda autobiografía) entre la unidad y la dispersión, entre lo sucedido y lo dicho, entre el pasado y el presente, que como tal aparece en otros lugares. El interés por esta tensión precisa de una labor del investigador (del entrevistador) —que debería hacerse patente en el texto presentado— que lleve al discurso hacia los lugares de los que se aleja, o que rompa los nudos narcisistas en que a veces se enquistó; que permita deslindar me-

jor, en definitiva, las líneas por donde se rompe la integración, la materia misma de su complejidad de discurso.

Es difícil, por ejemplo, en el relato de Juan ubicar una posición política que sirva de asidero firme, sin fisuras, para una identidad forjada a lo largo de la trayectoria que el discurso recuerda. La idea de una definición básica, afirmada con dificultad en diversas situaciones, no da cuenta de la diversidad de referencias y lugares del sujeto que habla, de la relación enmarañada entre la enunciación y el enunciado, que caracteriza al discurso político de Juan.

Así, este discurso dibuja en determinados momentos con mucha nitidez una conciencia de clase, basada en la realidad y el valor del trabajo. En estos casos, el trabajo se opone de manera tajante al capital, estructurando así una determinada concepción de lo social y pensando en un cambio que sólo puede imaginarse como revolucionario: es un discurso que se refiere a las luchas de obreros y/o campesinos, o que evoca de forma fantástica la idea de la muerte de la clase trabajadora y el desfonde consecutivo de la sociedad. Hay aquí una valoración del trabajo como fundamento de la sociedad. Esta valoración, núcleo de la identidad política del trabajador, de una dignidad y de una ética, sólo se reconoce entre los compañeros. Este discurso, que se activa al recordar las condiciones de vida de sus padres, la situación política y social en España a principios de siglo, retorna al recordar diferentes episodios de conflictividad durante la II República y la Guerra Civil. «Señoritos», «fascistas», «patronos», «propietarios»... frente a

«obreros» o «trabajadores», son los términos de una fractura irrecuperable. En este contexto, la solidaridad aparece como la manifestación del autovalor de la clase obrera; se narran, entonces, los casos ejemplares y aquellos otros de los cobardes o los ignorantes que traicionaron sus intereses de clase.

Existe otra línea discursiva que, en parte aunque no sólo, constituye una posición y unos juicios políticos, y que se refiere a la evolución de los tiempos como tema fundamental. El desarrollo de la sociedad supone, de acuerdo con este discurso, un progresivo aumento del conocimiento y un progreso también moral. En este sentido, estos argumentos pueden reforzar componentes del discurso anterior: así, se asume que uno de los mayores obstáculos para la autovaloración de los trabajadores es la ignorancia. Cierta sentido liberador de la «cultura» desempeña aquí un importante papel, al tiempo que sirve esporádicamente para explicar o justificar (por el «atraso») los errores cometidos, o determinados episodios en los que el mismo protagonista ha podido participar y que no son desentrañados del todo (relativos siempre al uso de la violencia).

Ahora bien, este discurso del progreso de los tiempos puede también articular lo político de acuerdo a relaciones y valoraciones diferentes, con lo que la oposición «capital-trabajo» pierde fuerza. Los comentarios sobre el presente del relato (la España de principios de los setenta) muestran las diferentes dimensiones de una situación que políticamente se deplora, pero que en lo social y económico

muestra características relativamente positivas. Se reproducen, entonces, comparaciones con un pasado que a veces es la España de principios de siglo, otras veces la España de la preguerra y la guerra, otras la de la postguerra. El discurso de autovaloración de la clase trabajadora pierde protagonismo y el progreso social y económico parece determinar por momentos la posición política. La circulación argumentativa típica de algunos fragmentos discursivos da cuenta de las contradicciones entre estas líneas, y de las filiaciones, reconocimientos, afirmaciones y denegaciones diversas que están en su base: «Y para que venga aquello, ¿qué voy a decir?, que venga antes la destrucción de toda la clase trabajadora, sí, que venga antes y que se queden ellos solos, todo el capital que se quede solo. Aunque tenemos cosas, pero como en aquel entonces no. Hoy tenemos eso [la dictadura franquista], pero ¡coño!, hoy ya la gente es otra cosa muy diferente. Esto lo traen las guerras y si hubiera, por ejemplo —yo no lo deseo—, una guerra hoy, daríamos un paso muy avanzado, ¿verdad? Pero yo no quiero más guerras, no quiero, no, porque se pueden hacer las cosas, si los hombres quieren, pues quitando de aquí y poniendo aquí» (p. 155).

Un discurso de oposición entre trabajo y capital, y un discurso de progreso socioeconómico y moral, no agotan las dimensiones del ámbito político en que se mueve este relato. El «trabajo» no se define siempre del mismo modo; con frecuencia, especialmente al tratar la trayectoria laboral posterior a la guerra y a su experiencia en la cárcel, no es ya el centro

de una autovaloración obrera (fuente de reconocimiento entre compañeros), sino que espera reconocerse y legitimarse ante patronos y propietarios: «... Dos personas del mismo ideal y todo, no más que es la diferencia que es un patrono y un trabajador a sueldo. Y el patrono me avisa a mí para ir a trabajar. Amistad, con el objeto de si voy a trabajar. Y este patrón se da cuenta de lo que estoy haciendo (...) Cumplir con mi deber. Claro, ese patrón ve que cumplo con mi deber, ¡coño!, como hace Paco con uno que tiene. Tiene las cosas sin dejarlas, porque el trabajador que le trabaja, como cumple con su deber, pues no se lo deja ni mucho menos, y no es que yo diga que no encuentre otro como ése, pero no lo encontraría tan fácil, y si puede ser trabajador y leal, eso está muy difícil. Y el patrono le da lo que pide, se lo da porque ve que rinde más que el otro que lo ha tenido, y haciendo las cosas de mala gana y mala manera» (pp. 188-189). La honradez, el trabajo, parecen formar parte ahora de una ética que no puede dejar de desempeñar cierta función ideológica en las relaciones «patrón-obrero». Las nociones de «buen trabajador» y «buen patrono», la idea de un «mismo ideal» que sutura la grieta entre capital y trabajo, la mención de una «lealtad» que con facilidad podría plantear problemas a la «solidaridad» valorada en otros contextos, todo contribuye a desarticular la conciencia de clase que se ha afirmado antes de manera tan obvia y firme. A esto habría que añadir la frecuencia con que aparece la amistad como un valor que permite matizar opiniones, pero también justificar

acciones, distinguir transversalmente a la línea «izquierda-fascismo», a las personas fieles, honestas y decentes de quienes no lo son.

¿De toda esa dispersión —que no se agota en las líneas que he señalado— da cuenta, le da coherencia, la identidad «socialista» de Juan? Difícilmente, pues hasta el calificativo mismo con el que el protagonista intenta ciertamente en ocasiones integrar su ser político es un elemento del juego, y si unas veces se presenta enfáticamente como un significante genérico con el que se indica la adscripción a valores «de izquierda» (justicia, solidaridad, igualdad, trabajo, etc.), adquiere otras veces significados y referentes mucho más concretos, que se revelan en silencios o en relativizaciones y en negativas a diferenciar. Hay fracturas históricas, en algunos momentos más importantes que las que señalábamos arriba, que permiten entender las elipsis y las resistencias que aparecen cuando se habla de comunistas y anarquistas. Las dificultades durante la guerra, la naturaleza de los procedimientos de lucha, las acciones a seguir, etc., activan un discurso que si diferencia minuciosamente (porque parece vital para el sujeto) entre «compañeros» (socialistas), entre los que son y los que no son realmente socialistas, entre el Programa y las personas, escasamente lo hace, sin embargo, al hablar de los militantes del PCE o de la CNT. Por el contrario, la oposición «trabajo-capital» (fascismo-socialismo) desaparece entonces, y es sustituida por otras oposiciones que expresan muy bien la pervivencia en el discurso de conflictos políticos pasados.

Como señala Frigolé, el discurso político prolonga una concepción de hombre existente previamente y es un discurso lleno de referencias morales, no meramente políticas. Pero ¿es posible restablecer una coherencia que sea producto de un proceso continuo de creación en el que transformación social y transformación personal hayan articulado la formación de sí? Las líneas discursivas del relato de Juan son, en realidad, diversas, y su entrelazamiento es complejo; la relación entre los diferentes pasados y el presente, entre el discurso y la realidad a la que se refiere de tantas formas distintas, no puede solucionarse en la unidad de una narración autobiográfica y su posterior proyección sobre la trayectoria histórica. El análisis tendría que mostrar las variaciones, los contextos discursivos (y extradiscursivos) en que aparecen unas y otras formas, las relaciones entre el discurso y una realidad a la que ese discurso se refiere de modos múltiples, como referencia descriptiva pero también justificativa, o crítica, como fuente de identificación positiva o negativa, materia de reapropiación, de evocación nostálgica o de comparación para enjuiciar el presente.

Lo mismo cabría decir del discurso sobre la religión, que tiene tanta presencia como la política. ¿Es suficiente decir: «Si la oposición a los curas y a la religión pudo tener base en la estructura y dinámica de la familia nuclear, luego se desplaza del marco de referencia familiar, conforme se desarrolla su concepción de hombre y su propia imagen. En la medida en que su ideal de coherencia se fortalece, crece la aversión a los curas, en nombre de la

coherencia que preconiza para sí mismo. Su concepto de hombre como ser consciente y activo, pero también sacrificado, es una condición necesaria para la credibilidad de su ideal político-moral y la crítica a la Iglesia —incluso a compañeros suyos— contribuye a llevar su identificación con el ideal todavía más lejos» (pp. 417-418)? Esta idea de una evolución y una progresiva confirmación creo que debe contrastarse con la existencia de un abanico más amplio de posiciones, formas distintas de oposición, como de acercamiento, a la religión.

Está, en primer lugar, el cuestionamiento de la imagen de Dios-Padre proveedor y de la actitud que demanda, a la que se enfrenta la figura de quien realmente provee, que es la madre. Esto puede conducir a una crítica de la idea misma de Dios a partir de la realidad. Hay también una crítica constante de la Iglesia, que puede apuntar a la incoherencia entre prácticas e ideales, o a su compromiso político. En el primer caso, la crítica es moral y con frecuencia asume como fundamento los valores, y creencias incluso, cristianos. Desemboca en una distinción clara entre la Iglesia o los curas, de un lado, y los santos, la Virgen y Jesucristo, de otro lado. Al recordar las destrucciones de iglesias e imágenes religiosas, el valor artístico o un respeto vago e indefinido llevan a separar los enemigos reales de quienes no son realmente enemigos. O explícitamente se critica la actitud de los curas desde la enseñanza del Nazareno.

La crítica al clero —en el que, en otros momentos, se hacen diferencias— por su compromiso político se

remite a los episodios vividos en el pasado; es una lectura política de la religión y religiosa de la política (la distinción misma deja de tener sentido). Este discurso puede enlazar con el tema reiterativo del progreso y el desarrollo de la conciencia: conforma una resistencia «ilustrada» ante la religión y la idea de Dios. Se puede desarrollar, entonces, una noción de la religión como ideología o forma de engaño; se cuentan anécdotas irreverentes, se hace burla o se ironiza sobre determinados ritos y prácticas, se asocia la idea de Dios a los cuentos para niños, se activa una actitud ante la imaginería y las ficciones religiosas que contrasta con el respeto manifestado en otros momentos.

En realidad, el discurso sobre la religión es un entramado que reúne diferentes consideraciones (con diferentes conexiones con pasados y realidades diferentes), en cadenas argumentativas que hacen pasar de uno a otro punto de vista.

La problemática entre una intención unificadora (del texto, del sujeto, del investigador) y la heterogeneidad discursiva podría reproducirse en el tratamiento de distintos temas. Porque el relato que presenta Frigolé desvela en su amplitud y densidad lo complejo que es trabajar con este tipo de material, las variables que están en juego y la vigilancia específica que todo ejercicio cualitativo debe practicar. Por ello, las palabras introductorias y conclusivas de Frigolé, aunque resaltan esta riqueza, se quedan cortas. El peligro es que esto se deba no a la brevedad de lo que aparece como un protocolo (pues el texto principal es el de Juan), sino a planteamientos

teóricos de partida, que pueden limitar *a priori* las posibilidades del análisis. El discurso moral, político y social de Juan no es una reflexión abstracta. Por esta razón, y porque se refiere a una historia larga y complicada con la que mantiene diversas

relaciones de construcción y reconstrucción mutua, escapa sin cesar del análisis que busca su coherencia, ya sea sustancial, ya sea históricamente forjada.

Álvaro PAZOS